
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10000974876



EL PRIMER POEMA

QUE TRATA DEL

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

REIMPRESIÓN DE LA PARTE CORRESPONDIENTE DEL *Carlo Famoso* DE D. LUIS ZAPATA, CON UN BREVE PRÓLOGO BIOGRÁFICO Y CIEN COMPENDIOSAS NOTAS CRÍTICO-HISTÓRICAS

HECHA POR

J. T. MEDINA



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Bandera 130
1916

EL PRIMER POEMA

QUE TRATA DEL

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

TIRADA DE 100 EJEMPLARES NUMERADOS

EJEMPLAR N.º 54

EL PRIMER POEMA

QUE TRATA DEL

DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

REIMPRESIÓN DE LA PARTE CORRESPONDIENTE DEL *Carlo Famoso* DE D. LUIS ZAPATA, CON UN BREVE PRÓLOGO BIOGRÁFICO Y CIEN COMPENDIOSAS NOTAS CRÍTICO-HISTÓRICAS

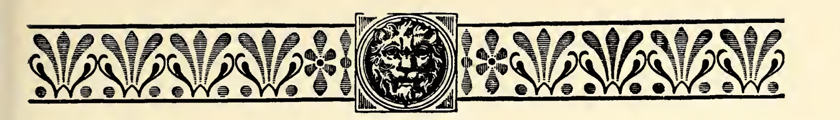
HECHA POR

J. T. MEDINA



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Bandera 130
1916


IMP. UNIVERSITA-
RIA BANDERA 130



Las noticias que hasta hace muy poco se tenían de don Luis Zapata, estaban reducidas a las que de él dió don Pascual de Gayangos al frente del tomo X del *Memorial histórico español,* por cierto bastante escasas y que hoy resultan, en su mayor parte, equivocadas, después de rectificadas y ampliadas merced a la buena diligencia del señor don Juan Menéndez Pidal, muerto, desgraciadamente, en hora demasiado temprana y cuando tanto podía esperarse de su vasta erudición y de su amor al trabajo, de que acababa de dar cumplida muestra en su hermoso discurso de incorporación a la Real Academia Española de la Lengua; que tal ha de ser, forzosamente, la fuente a que habremos de ocurrir para pergeñar los principales sucesos de la vida del autor del *Carlo famoso,* cuyas son las estrofas que vamos a reimprimir, de ese poema sacadas, comentándolas con algunas notas histórico-críticas que contribuyan a ilustrar los primeros versos de molde dedicados a celebrar el descubrimiento de América y las hazañas de Hernando Cortés en su empresa, nunca bastante admirada, de reducir al dominio español el más grande de los imperios indígenas que hubiera llegado a constituirse en el Nuevo Mundo.

Fué don Luis Zapata hijo de don Francisco Zapata de Chaves, señor de vasallos en el reino de Granada, caballero de Santiago, devotísimo de su Orden, y cumplido militar, de que daba

claro testimonio su valentísimo comportamiento en la expugnación de Fuenterrabía de poder de los franceses, en 1522. Cuatro años después contrajo su tercer matrimonio con doña María Portocarrero, hermana del Conde de Medellín, naciéndole en el siguiente su hijo primogénito, que se llamó Luis en memoria de su abuelo el Licenciado Zapata, presidente que había sido del Consejo de los Reyes Católicos y poseedor que fué del aprecio de Carlos V, por los servicios que le prestó en la guerra de las Comunidades.

Pasó don Luis su infancia en Llerena, su ciudad natal, en la casa solariega de la familia, de las mejores que entonces se conocían en España, y a los nueve años de su edad entraba,—como no mucho después había de hacerlo el más ilustre de los poetas épicos del habla castellana y cual era lo acostumbrado con los hijos de los nobles,—en calidad de paje del príncipe don Felipe. Y aun no había trascurrido un lustro desde que de tal empleo disfrutaba y escasamente contaba los nueve años de su edad, cuando el Emperador se dignó concederle el hábito de Santiago, cuya regla debió ir a cursar al convento de Uclés, para tales ejercicios señalado, hasta su profesión, celebrada el 2 de Junio de 1541, después de la cual volvió de nuevo a sus ejercicios cortesanos, los que hubo de amargar en 1544 la pérdida de su padre, por cuya muerte el Emperador, dándole nueva prueba de estimación, le otorgó, por cédula datada en Colonia a 16 de Agosto de 1545, la alcaldía de la fortaleza de Reina en su pueblo natal, con los gajes correspondientes, que, añadidos a otros emolumentos y al considerable mayorazgo que heredó, le colocaron en envidiable situación de fortuna.

A ella quiso añadir luego, como con ingenuidad hubo de confesarlo, las condiciones de gran cortesano, de caballero sobresaliente en las justas y torneos, y lo que era, en verdad, más difícil, las dotes de poeta eximio. Para conservar sus cualidades de buen mozo y elegante y combatir su tendencia a la obesidad, acostábase con grebas, pieza de la armadura que cubría las piernas, que no quería que excediesen del grosor conveniente; ejercitábase en el manejo de la espada, dedicábase al ejercicio de cabalgar y, sobre todo, al de la caza, en cuya práctica y técnica se hizo tan competente, que, andando los años, pudo escribir

sobre ella un tratado, adornándolo, o, acaso,—por más que así no lo creyera él,—deslustrándolo, empeñado como estuvo en redactarlo en verso...

De tal manera preparado se hallaba para los ideales que se había forjado, cuando partió de Valladolid entre los que compusieron el séquito que el príncipe don Felipe llevaba en el viaje que realizó a Bruselas para visitar allí a su padre, ofreciéndosele ocasión, con ese motivo, de hacer manifestación de las prendas que, como educado para ello, le adornaban, en las fiestas que en las diversas ciudades del tránsito se celebraron en honor del que había de suceder pocos años después en el trono de la monarquía más poderosa de Europa; siendo entre todas digna de recordarse la famosísima justa, ideada al estilo de las que se referían en el *Amadís*, que se verificó en Noviembre de 1549, para lograr la entrada al Castillo Tenebroso, cerca del pueblo de Bins, y en la cual le cupo a don Luis, disfrazado con el nombre de Gavarte de Valtemeroso, la honra de adelantarse a casi todos sus competidores.

En este terreno no había, pues, de ver malogradas sus aspiraciones. Para alcanzar el renombre de poeta, que era otra de ellas, había comenzado por emprender una traducción del Ariosto, aplaudida por Jerónimo de Urrea en la suya, pero que, a juicio de otros que hablaban con más verdad que lisonja, resultaba no digna de tal loa; y después, a vueltas de algún otro ensayo de corto aliento, quiso nada menos que hacer resonar la trompa épica por su propia cuenta en celebridad de las hazañas de Carlos V, a cuyo propósito había ido acopiando materiales de información que le permitiesen dar a su trabajo los caracteres de histórico; y, en seguida, a fin de realizar su empresa en el sosiego conveniente, se apartó del servicio palaciego, y casado, en virtud de Real licencia, con su prima hermana doña Leonor Portocarrero, se retiró, en 1556, a su casa solariega de Llerena.

Había alcanzado ya en su tarea hasta el canto XI cuando tuvo la desgracia de perder a aquella mujer, de quien se manifestaba tan enamorado, que la pintaba como modelo de

Bondad, gracia y saber y hermosura,

añadiendo que la muerte de esa «vida de su vida» le produjo tal dolor, que, según confesaba,

Perdí el seso, perdí el entendimiento:

que así debió de ser en verdad, porque cabalmente las estrofas dedicadas a la memoria de doña Leonor Portocarrero fueron, si no las mejores, por lo menos de las pocas que escribió que pudieran acreditarle de poeta...

Aquel dolor no había de durar tanto, sin embargo, como en un principio se lo imaginara. Deseoso de solaz, se marchó cierto día a Sevilla, donde poseía casa y rentas; de allí con varios amigos, en momento inesperado, se dirigió a los Palacios, de cuya hospitalidad hizo alarde en festines dignos de un romano de la época del Imperio; y, olvidando así poco a poco su pena, llegó por fin a casarse con doña Leonor de Ribera, dama de familia linajuda de aquella ciudad, después de licencia Real que para ello obtuvo en 27 de Abril de 1562. Su viudez había durado, por tanto, cinco años, y poco ascendiente debió de ejercer sobre él su segunda mujer, cuando le vemos negarse a pagar deudas sagradas, originadas de disposiciones testamentarias de su padre y abuelo, y contraer, a la vez, otras de tal magnitud, que apenas se escaparon de ellas los cánones del arrendamiento de la casa de Llerena.

Pero eso le importaba un ardite, al parecer, alejándose cada vez más del mundo de la realidad para entregarse, entre los quebrantos de una vida poco reglada, a la conclusión de su poema, que al cabo de trece años de labor logró terminar en los fines del de 1564 y darlo a la prensa en Valencia en el de 1566; labor tan lastimosamente realizada, que el buen criterio de los escrutadores de la librería de Don Quijote dispuso que fuese echada al fuego, entre los demás libros que tal desaire merecieron, «sin ser vistos ni oídos». Y, ciertamente, que no faltaba razón para ello, si se hubiera de juzgar sólo por su mérito poético, aunque no, de seguro, por lo que tiene de histórico, parte en la cual se comprende y es justo salvar lo que toca al Nuevo Mundo, aunque más no sea a título de ser la primera crónica rimada de sucesos americanos y el haber abierto

con ello, en mucha parte, la puerta a otros trabajos de mérito literario harto más acendrado; baste considerar que no podrá negarse que el *Carlo famoso*, como asunto histórico, es uno de los dos precursores que tuvo *La Araucana*.

No es toda histórica, sin embargo, en esa parte la labor del poeta de Llerena, pues la lectura que hoy ofrecemos, sacándola de la extremada rareza a que se hallaba reducida por la escasez de la edición príncipe, permitirá fácilmente conocer que las proezas de aquellos combates de Cortés con el monstruo marino y el águila caudal, que insertó «por deleitar y cumplir con la Poesía», no pasan de ser invenciones de su fantasía, como fiel trasunto de aquellos que se contaban en libros de caballerías, y, más que todo, como modelo que se propuso imitar, en el *Orlando furioso,* cuya lectura y estudio, emprendidos en los años de su juventud, debieron de impresionar profundamente las tendencias de su espíritu.

Como hubo de hacerlo, tres años después de haber visto la luz pública el *Carlo famoso,* Ercilla en su poema, Zapata dedicó el suyo a Felipe II; ni uno ni otro habían de hallar por ello recompensa de tan poderoso Mecenas, y más aún, Zapata anduvo por esos días con tanta desgracia, que en lugar de aquélla, el 20 de junio de dicho año de 1566 el monarca despachaba una real orden para que fuese preso y llevado a buen recaudo a la fortaleza de Segovia de la Sierra; y, como si eso no fuese bastante, poco más de dos meses después, el 30 de agosto, ordenaba que a Zapata se le privase del hábito de Santiago y le condenaba a reclusión perpetua: todo porque, según se decía en ella, don Luis, recibido el hábito de la Orden, «no había vivido con la honestidad y decencia que se requiere para ser hombre de orden... y ha cometido graves delitos y ecesos e perseverado en ellos muchos años, con gran deservicio de Dios e perjuicio e deshonor de su Orden...» Y tan estrecha debía ser la reclusión, que tenía que permanecer encerrado en la pieza más segura de la fortaleza, custodiado de cerca y vivir incomunicado, sin otra suelta que la de salir los domingos y fiestas de guardar a la iglesia del castillo, acompañado del alcaide. En ella, poco más tarde, hubo de ser degradado, si así puede decirse, delante del altar del Apóstol, arrancándole la cruz roja,

insignia de la Orden, de la ropa y del manto de caballero que vestía. La única tolerancia que a su favor se impuso fué el autorizarle para que a costa de su peculio se le exceptuase de comer de las viandas guisadas para los sirvientes, como la regla de la Orden, para casos como el suyo, lo disponía. ¡En eso quedaban convertidos los ensueños de gloria que se imaginó habían de circundar su frente de poeta! «Yo pensé también, decía años después,—soñando todavía con que su memoria, cual la de otros poetas, se sobrepondría al olvido,—que en haber hecho la historia del Emperador Carlos V, nuestro señor, en verso, y dirigídola a su pío y piadosísimo hijo, con tantas y tan verdaderas loas de ellos y de nuestros españoles, que había hecho algo. Costóme 400 mil maravedís, y de ella no saqué sino saña y alongamiento de mi voluntad».

El encierro a que se vió reducido fué ocasión de una eficaz enmienda para sus descarríos, y al cabo de dos años de sufrirlo, tan otro se mostraba y tantas fueron las súplicas de su esposa al monarca, que logró de su benignidad, en 27 de octubre de 1568, se la permitiese acompañarle en su soledad y entrar con ella a la fortaleza dos criadas para su servicio. Poco a poco fué cediendo de su enojo todavía más, y en 23 de agosto de 1569 ordenó trasladarle a la fortaleza de Hornachos, que se le concediese disfrutar de la compañía del hijo de su primer matrimonio y aumentar su servidumbre hasta cuatro criados; y, trascurridos diez meses, a la de Valencia de la Torre, más vecina aún a Llerena. Allí permaneció cerca de veinte años, entreteniéndose a ratos en la composición de piezas cortas de poesía, en la redacción de unos *Emblemas* y en la de su *Libro de las aves de caza,* que empezó a escribir el 1.º de septiembre de 1583, y terminó, según cuidó de anotarlo, a las diez de la noche del día de San Andrés del mismo año, y que hasta hoy permanece en manuscrito, custodiado en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Siempre guiado por aquel espejismo que le hacía vestir con el ropaje de los versos sus pensamientos, empeñóse, a pesar de la oposición de su hijo, en seguir el mismo camino en materia tan poco adecuada como ésa, del cual prometía al cabo enmendarse, poniendo de allí en adelante «perpetuo silencio a las

rimas», con propósito no tan firme, sin embargo, que no acometiese más tarde la traducción del *Arte poética* de Horacio, que se publicó en Lisboa, en 1592, volumen de tosquísima edición y de tanta rareza hoy, que de él se conocen sólo dos ejemplares, y de tan pobre versificación, que Menéndez Pelayo calificaba sus estrofas, escritas en endecasílabos de la rima llamada «maraña», de «flojas, desaliñadas y pedestres y los versos muy malos».

Don Luis, por esos días, estaba ya libre de su prisión, y aun puede decirse que vuelto a la gracia del monarca, como que en 9 de abril de aquel año 1592 le había nombrado regidor de la ciudad de Mérida. Alternando desde entonces su residencia, ya en Portugal, ya en aquella ciudad, ya en Talavera de la Reina, Zapata, que no perdía sus aficiones literarias, se ocupaba en escribir un libro que pensaba llamar de *Varia historia,* cuyas páginas habían de llenar las cosas que durante su larga vida tenía vistas y que a su juicio mereciesen recordación, los pasajes curiosos de las obras por él leídas, y cuanto interesante había oído referir, conocido hoy con el título de *Miscelánea,* con el cual salió a luz, aunque con no pocos descuidos, en el tomo X del *Memorial histórico español,* especie de memorias autobiográficas y arsenal considerable de dichos y anécdotas de personajes notorios de su tiempo, que hoy se leen con sumo agrado, y en cuya redacción se ocupaba cuando falleció a fines de 1594 o principios de 1595.

Y no queremos concluir este rápido y desgreñado bosquejo de la vida de don Luis Zapata sin copiar aquí las elocuentes frases con que remata su biografía el meritísimo escritor que nos ha servido de norte y guía para hilvanarlo y a quien por justo título se debe todo el aplauso:

«La errada vocación de don Luis Zapata, su porfiado empeño en versificar, se explican fácilmente tratándose de un caballero de las cortes del Emperador y de su hijo don Felipe, en que la hermandad de las armas y las letras, elevada a doctrina, tuvo arraigo en las costumbres.

«Un capítulo del *Cortesano* dedica Baltasar Castellón a esa hermandad, y nuestro gran prosista fray Antonio de Guevara decía al conde de Benavente, don Alonso Pimentel, en una de

sus epístolas familiares: «Al buen caballero tan bien le parece un libro so la almohada como la espada a la cabecera».

«Por eso eran entonces parte de la educación patricia lo mismo el manejo de la espada que escribir en metro y en prosa, y así hubo tantos buenos caballeros, medianos poetas, al lado de otros que escribían soberanas estrofas:

entre las armas del sangriento Marte...,
tomando ora la espada, ora la pluma.

«Al querer realizar don Luis Zapata sus tres ambiciones de ser gran cortesano, gran justador y gran poeta, no aspiraba, pues, sino a una cosa: a ser dechado de caballeros, a competir en galantería, armas y letras, con los más venturosos de la Corte.

«No pudo lograr el último noble empeño. Sin embargo, las obras poéticas de don Luis tienen, aparte de su mérito relativo, alta significación social: como otras muchas de aquel siglo, dan testimonio de una extensa devoción cortesana a la poesía, y no en tiempos de paz florecedora, sino cuando ilustres soldados poetas acudían a ofrendar al templo de las Musas entre el ir y venir de las batallas.

«Don Hernando de Acuña, que después de batirse bravamente en Ingoldstandt, bajo la enseña de Carlos V, traducía en colaboración con éste el poema de Olivier de la Marche, *El caballero determinado;* don Alonso de Ercilla, hurtando horas al reposo en los campamentos de Arauco para notar en trozos de papel o en tiras de cuero las octavas de su poema, nos dicen cómo daba culto a lo ideal en los altares de la Poesía aquella raza de guerreros y conquistadores, de que fué símbolo supremo el príncipe de la lira castellana, el dulce cantor de *Galatea,* arrojado por su heroísmo a escalar el primero la torre de Muey, donde cayó sin vida en brazos de la Fama, que lo recogió para besar su ensangrentada frente con el beso de la inmortalidad.»



CARLO FAMOSO DE D. LUIS ZAPATA

Canto XI.—...Asimismo vinieron embajadores de Hernando Cortés, con las nuevas de la conquista de la Nueva España.

....

El Marqués de Pescara, aun despedido
No era del Rey, de grandes y señores,
Cuando del Nuevo Mundo, aun no entendido,
Allegaron a Carlo embajadores:

---

7. *Allegar* en su forma anticuada, por *llegar*, de que el propio Zapata nos ofrece otro ejemplo más adelante (canto XV, hoja 72 vlta.):

Que conoscieron luego en *allegando*
Nosotros, nuestras armas y vestidos...

Ercilla la empleó, asimismo, en varias ocasiones; por ejemplo:

Sin *allegar* a tanto rompimiento...
Mas cuando a estas razones *allegaba*...
La Araucana, ed. del Centenario, 27-1-8 y 194-1-3.

Pedro Cieza de León escribía en igual forma, como es natural suponerlo, siendo su obra anterior a la de nuestro poeta: «Pasados estos llanos y montañas de suso dichas, se *allega* a las muy anchas y largas sierras que llaman de Abibe...» *La Crónica del Perú*, p. 363, ed. Rivadeneyra.

Que Hernando Cortés esclarecido
Por batallas, digno él de mil loores,
Envió con nueva de que había en sus guerras
Nuevos reinos ganado y nuevas tierras.

Mas, antes que a Carlo entre esta embajada
De victorias cargada y ricos dones,
Os diré yo, Rey alto, si os agrada,
Quién las Indias halló en breves razones:
Que creo que os será historia muy amada
Ver su descubrimiento entre renglones,
Pues particularmente yo sospecho
Que dello sabidor no os habrán hecho.

Ni de las Indias sea poco estimado
Su gran trecho y sus campos despoblados,
Que, cierto, no será el peor bocado
De vuestros grandes reinos y ditados:
Y contra todo el mundo levantado
Gran ayuda hará a vuestros estados,
Si del adivinar el arte ufano
Yo no lo deprendí y supe en vano.

---

10. «*Dexar entre renglones*, o *Quedarse entre renglones*, se lee en el Diccionario de Autoridades: frase que, además del sentido recto, vale olvidarse, o no acordarse de alguna cosa, que se debía tener presente»; si bien aquí le corresponde el significado de asunto o cosa que reviste una importancia menor que la principal de que se va tratando, tanto, según diríamos hoy, como *entre paréntesis*.

16. El Diccionario de Autoridades advertía ya que a *dictar* «algunos le escriben sin la *c*, diciendo *ditar*, pero es corrupción»; sin conceder, por lo demás, a *dictado* la acepción en que aquí está empleado de título nobiliario, de que nos ofrece ejemplo Cervantes *(Don Quijote*, P. I, cap. XXI):

...«que a buena fe que te han de llamar señoría, mal que les pese.

«—Y ¡montas que no sabría yo autorizar el *litado!*—dijo Sancho.

«—*Dictado* has de decir; que no *litado*—dijo su amo».

En cuya acepción, observa Rodríguez Marín, «era usual en los siglos XVI y XVII», citando al intento el siguiente ejemplo tomado del coloquio VII del *Viaje de Turquía* de Villalón:

«PEDRO. Hay muy grandes *ditados* en Italia: el Ducado de Ferrara, el de Milán, el de Saboya». Nota a la pág. 172 del tomo II de aquella obra de Cervantes.

20. *Deprender*, por *deprehender*, anticuado en ambas formas, vale *aprender*

Y volverán los tiempos y los años,
Y los cielos aun de una a otra parte
Y de la cristiandad con sus rebaños
Vendrán éstas a ser la mejor parte:
Pues destos nuevos reinos tan extraños
Oí el descubrimiento de aquesta arte
Y de la Nueva España el vencimiento,
Y nueva atención haya al nuevo canto.
Reinaba el Rey Católico afamado
En la felice España que él regía,
Cuando, porque para su edad guardado
Tan gran buena ventura el cielo había:
Colón (que se había allí antes casado)
De la Madera en la isla residía,
Colón de los Ligures (según leo)
De Nervi natural, o Cigureo.
Y como él en el mar fuese muy diestro,
Donde desde pequeño había vivido,
Y de mapas y tablas gran maestro,
En que siempre ocupaba su sentido,
Para entender la costa del mar nuestro
De África a Portugal había venido
Para ornar de sus cartas los traveses
Con lo que en el mar veen los portugueses.

---

1. Alusión, al parecer, a lo que escribió Séneca, tantas veces alegado por los que han tratado del descubrimiento del Nuevo Mundo: «Venient annis sæcula seris, quibus Oceanus vincula rerum laxet...».

4. La referencia a las Indias, aunque tan distante, es manifiesta.

6. *Oí*, a primera vista, singular de pretérito, pero, en realidad, segunda de plural del imperativo, como bien se deduce del contexto. Ocurre en este caso la apócope de la *d*, práctica no rara en nuestros clásicos, notada ya por Bello en su *Gramática* (capítulo XXVII).

8. Falta la rima en estos dos versos.

19. *Tabla,* anticuado en su acepción de *mapa*.

23. *Través*, como término náutico, es, según el léxico de la Real Academia, «la dirección perpendicular a la quilla»: acepción que no puede convenirle en este caso: por el contexto de la frase, parece referirse a *travesías* o *derroteros*. «Vino a Portogal, cuenta López de Gómara, por tomar razón de la costa meridional de África, y de los mares que portogueses navegaban, para mejor hacer y vender sus cartas.»

A la sazón que digo, navegando
Nuestro Océano acá una carabela,
Tuvo un viento tan bravo y tan nefando,
Que de Levante le hinchó la vela,
Que siempre días y noches no cesando,
Al navichuelo así apegó la espuela,
Que fué a parar con él tan sin medida
En tierra y en región nunca aun sabida.

Ni puesta aun en los mapas que hacías,
Colón, tú, con el sol y con la luna,
Volvió el navío de allá en muchos más días
Con bonanza, que fuera con fortuna;
Y cuando acá llegó por largas vías
En ella no había ya persona alguna
Sino sólo el piloto, y los postreros
Con él, tres o cuatro marineros.

Los cuales, dende a poco que venían
Del vïaje, dolientes se murieron;
De Colón donde acá arribado habían,
Huéspedes el piloto y ellos fueron:
El patrón desque los que le seguían
Después que llegó al puerto fallescieron,
Algunos días quedó amigablemente
En casa de Colón malo y doliente.

Allí él, del nuevo mundo a do aportado
Así había, a Colón hizo que supiese
Para que en una carta que mostrado
Le había, las nuevas tierras le pusiese:
Mas, en muy breve tiempo el desdichado
Piloto, allí Dios quiso que muriese,

---

7. *Apegar,* a. ant. *Apegar la espuela,* que hoy decimos *poner las espuelas,* tal como lo escribía Cervantes: «...*puso las espuelas* a Rocinante...» «...porque me va *poniendo espuelas* el deseo...» *Don Quijote,* I, caps. 18 y 20.

21. *Desque,* contracción de *desde que,* usada todavía en poesía, advierte el léxico de la Real Academia. Ya veremos que más adelante Zapata empleó tales voces con todas sus letras.

Donde dejó a Colón las escripturas
Y de las nuevas tierras las alturas.
Fué aquesto que oís, señor, la luz primera
Así, que de las Indias tuvo España,
Y aquel que las halló por su mal fuera,
Pues murió sin gozar dicha tamaña;
Ni de donde nasció, aunque español era,
No se supo dél, ¡oh suerte extraña!
Ni en qué año, ni quién fuese aquel triste hombre:
Así el cielo lo quiso, ni aun su nombre.
Así Perillo, el inventor primero
De la nueva manera de tormento,
Fué él que en lo que él halló murió el primero
Donde después murieron otros ciento:
Y así murió antes que otro el marinero
Que halló en este su descubrimiento
Nueva manera de morir la gente,
Sin saberse aun su nombre solamente.

---

2. Todo este pasaje relativo al viaje de aquel piloto está demostrando que la fuente de que tomó Zapata sus noticias fué la *Historia de las Indias* de López de Gómara, tanto, que no pasa de ser una versión poética de lo dicho allí por el cronista: «Navegando una carabela por nuestro mar Océano tuvo tan forzoso viento de levante y tan continuo, que fué a parar a tierra no sabida ni puesta en el mapa o carta de marear. Volvió de allá en muchos más días que fué; y cuando acá llegó no traía más de al piloto y a otros tres o cuatro marineros, que, como venían enfermos de hambre y de trabajo, se murieron dentro de poco tiempo en el puerto... Solamente concuerdan todos en que fallesció aquel piloto en casa de Cristóbal Colón, en cuyo poder quedaron las escripturas de la carabela y la relación de todo aquel luengo viaje, con la marca y altura de las tierras nuevamente vistas y halladas». Pág. 165, ed. de la *Colección de Autores Españoles* de Rivadeneyra, que será la que cite.

Fernández de Oviedo había sido el primero en hacerse eco de semejante conseja en su *Historia General de las Indias,* impresa en 1535, y, ya sea de tal libro, o también del de López de Gómara, la tomó Lope de Vega, llevándola a las tablas por boca del mismo Colón en su comedia *El Nuevo Mundo* (acto I, escena I).

12. *Perilo* (y en la antigua ortografía que imitaba a la latina, *Perillo)* fué un artesano de Atenas que fabricó un toro de bronce para quemar dentro a los condenados a muerte. Ofrecido el toro a Fálaris, tirano de Sicilia,

Por lo cual, pues Dios quiso en Colón solo
Poner y en su cabeza esta memoria
A sólo Colón de uno al otro polo
Todo el mundo le dé perpetua gloria:
Si la plata, si el rubio oro de Apolo
Tanto estima esta vida transitoria,
Si tanto el señorear tierras y gentes,
Que España hoy deberá a sus descendientes.
Colón, pues, inflamado de amor grande
Que las Indias por él se descubriesen,
Que como él (que cosmógrafo era grande
Y leído) creyó que ciertas fuesen;
Buscó luego algún rey, príncipe o grande
Que fuerzas para armar naves le diesen:
Lo trató con el Rey de Ingalaterra
Y con el Portugués, ricos, sin guerra.

---

hizo éste morir dentro del artefacto al mismo inventor. Dos veces habla de esto Ovidio en sus *Tristes:*

Más cruel eres
Que el sombrío Busiris y el tirano
Sículo que abrasó con fuego lento
Al toro de metal y al fabricante.
Libro III, elegía XI.

Fálaris mismo permitió en el toro
Que fabricó Perilo, exhalar quejas,
Quejas que se tornaban en mugidos.
Libro V, elegía I.

Traducción de don Manuel Antonio Román en su muy recomendable versión de aquella obra del poeta latino.

Hablan también de esto Valerio Máximo y Cicerón y Dante en el canto XXVIII de *El Infierno.* Lope de Vega trae la siguiente referencia a ese suplicio en su comedia *El Nuevo Mundo* (página 595, tomo II, de su *Teatro escogido,* edición de Ochoa) acto II, escena I:

ARANA.—Y desta suerte verás
Como el que el toro inventó,
Que el primero en él murió,
Hoy tu invención probarás.

15. *Ingalaterra,* decían todavía Cervantes, Ercilla, Lope de Vega, Tirso y Calderón.

Los cuales tenían puestos en oficios
No buenos, ni hombres sabios a sus lados:
¡Oh Príncipes, y qué, y cuántos servicios
Perdéis cuando así son vuestros privados!
Que por su envidia o ira, o por sus vicios
No son los que verdad traen escuchados:
Así estos Reyes a Colón no dieron
Crédito, porque aquéllos no quisieron.

Y lo cierto por falso fué tenido
Y creídos los otros que mentían:
A Castilla Colón volvió escarnido
Y ya las alas a él se le caían:
Los Católicos Reyes, que escogido
Consejo de loor digno tenían,
Dado fin a la guerra de Granada,
Fué dellos la intención dél escuchada.

Y tenida por cosa que podía
Ser o no ser, falsa o verdadera,
Mas, en caso que tal salir podía,
Aventurar tan poco, muy justo era.
En Santa Fe, (donde se funda y cría
Cualquier cosa perpetua y duradera)
Se tomó con Colón en todo asiento,
Y se despachó, y fué alegre y contento.

Armó en Palos Colón tres carabelas
En las que metió veinte y cien varones;
En la una el General se metió, y de las
Dos otras cargo dió a los dos Pinzones;
A un fresco temporal sus blancas velas
Con contentos y alegres corazones

---

11. *Escarnido*, participio de *escarnir*, voz de origen italiano, anticuada en esa forma, por *escarnecer*.

12. «*Caérsele a uno las alas*,» es frase figurada, que vale, como reza el léxico, «desmayar, faltarle el ánimo y constancia en algún contratiempo o adversidad». «Se le anubló el cielo, y se le *cayeron las alas* del corazón», escribía Cervantes en *Don Quijote*, P. II, cap. 7.

Por agosto de mil y cuatrocientos
Y de noventa y dos alzó a los vientos.
Navegando dió luego en la Gomera,
Que es una en el gran mar de las Canarias;
De allí el rastro siguió que en la carrera
Por lo alto de las aguas voluntarias
Las ruedas del sol dejan dondequiera
Que ellas van a esconder sus luminarias,
Y así tras el sol yendo a sus lugares
Se metió en alta mar por esos mares.
O cierto de morir en agua o en guerras,
O de salir con lo que osado había,
Atrás dejar Colón se vía las sierras,
Las que él como sus manos conocía,
Por ir en busca de las nuevas tierras,
Que todo el mundo aun dellas no sabía,
Siguiendo una luz chica como a tiento
Que le encendía de llama el pensamiento.
Aquel que el Helesponto pasó a nado
A la lumbre que puesta había en Abido,
No tuvo menor luz, ni tan osado
Como Colón no creo que hubiese sido:
Y porque es el amor más esforzado,
Hizo él menos, ni fué tan atrevido

---

2. Bien pudo Zapata precisar el día de la partida de Colón, pues de tan prolijo y verídico analista se preciaba, y la da, a mayor abundamiento, López de Gómara: viernes 3 de agosto.

Ocurriendo a la misma fuente, también debió escribir Cugureo y no Cigureo, como aparece en el texto (salvo que haya ocurrido yerro en la impresión) el nombre de uno de los pueblos que se da por patria de Colón.

17. Se dice también *a tientas*, pero lo más corriente antaño era *a tiento;* así Ercilla en su *Araucana* dijo (428-4-7):

Tirando *a tiento* golpes y estocadas...

Cervantes en *Don Quijote:* «... que así, había dicho *a tiento* que se había desembarcado en Osuna...».

20. Alude a la leyenda mitológica tan romántica y conocida de Ero y Leandro.

El que con alas por huir de Minos
Por el aire intentó nuevos caminos.
  Colón entró en el golfo encontinente,
Adonde no había ya palmo de suelo,
Adonde no vía más que solamente
Alrededor la mar y encima el cielo;
Así anduvo seis meses con su gente,
De temor llena ya y de desconsuelo,
Y sería en tantos días tan sin cuento
Explicar sus tormentas, gran tormento.
  Como de aquel que el agua a su albedrío
Tanto tiempo le tuvo y a su fuero
Y pasó en el mar parte del estío
Y otoño y parte del invierno fiero:

---

2. El personaje mitológico aquí aludido es Dédalo, autor del Laberinto, que hubo de huir, con alas que fabricó para él y su hijo Ícaro, de la corte de Minos, irritado contra él por haber ayudado a su mujer Pasifae a satisfacer la pasión que sentía por un toro.

3. *Encontinente,* anticuado, por *incontinente;* así escribían todavía Ercilla y Gabriel Laso de la Vega·

«Fueron sobre él los dos *encontinente*...
La Araucana, (458-5-1).

Mandóle así Cortés *encontinente*...
Cortés Valeroso, (hoja 123 vlta.)

O *en continente,* como quiere Rodríguez Marín en su edición de *Don Quijote,* afirmando que tal vocablo (o locución, diríamos en tal caso) no debe tenerse por anticuada, «pues además de Cervantes, declara, (II, p. 161) lo usaron otros autores de su tiempo, verbigracia, fray Luis de León...» Es de temer, con todo, que tal vuelta al uso de antaño no logre pasar.

7. Yerro de tal magnitud parece realmente inexplicable de parte del poeta, puesto que el cronista cuyos dictados sigue, señala el día en que fué descubierta la América, de todos conocido. Es posible que, si no se trata de un encarecimiento poético, incompatible en este caso con la verdad histórica a que ofreció ceñirse, medie en el verso una errata: seis por tres, y aun así resultaría ese tiempo exagerado, ya que la navegación de Colón no pasó de dos meses y nueve días.

12. El léxico registra *a fuero* o *al fuero,* modo adverbial que vale «según estilo, ley o costumbre». En este verso importa como decir «a su devoción, a su albedrío».

Ni en tan grande y grandísimo desvío,
Que otro Norte vían ya y otro hemisfero,
El Nuevo Mundo aun no parescía
Que Colón prometido les había.
Y cada hora temían los navegantes
De descubrirle menos esperanza,
Y el bastimento y viandas abundantes
Se les menguaban ya en tan gran tardanza;
Cresció en los de Colón, pues, más que de antes,
Ya en esto el miedo y la desconfïanza
Y odio y enemistad esquiva y brava
Con quien así engañados los llevaba.
Por lo cual, entre todos (descuidado
Yendo él) comenzó aquesto a levantarse:
De echar al burlador que así engañado
Los había, en el mar áspero, y tornarse:
Así a un tiempo por todos acordado,
Fueron las carabelas a juntarse
Y en la suya los que en las otras fueron
Con alboroto y grita se metieron.
Y todos con enojo furibundo
Después que contra él juntos conjuraron
Para echar a Colón en el profundo,
Como otro tiempo a Jonas, le tomaron;
En tal peligro estuvo el Nuevo Mundo,
Las Indias a este término llegaron,
De que español ni aun nuestra fe santa
No hubiese puesto allá hasta hoy la planta.

---

2. *Hemisfero,* anticuado, pero usado todavía por Ercilla (37-4-2):

Se derribó en el ártico *hemisfero*...

y por Cervantes (*Viaje al Parnaso,* cap. III):

Vimos desde allí a poco al más famoso
Monte que encierra en sí nuestro *hemisfero.*

24. Para la medida del verso hay que leer Jonas.

Mas Dios, que siempre al inocente ayuda,
Mas Dios, que ayuda siempre al afligido,
Hizo que de su gente Colón cruda
Antes que le anegasen fuese oído:
Si en tres días no diese él tierra sin duda,
Que entonces en el mar fuese hundido,
Les pidió, así afirmando que sería,
Porque él ya en los celajes lo entendía.
Así, por gran milagro le soltaron,
Por más justificarse allí aguardando:
En estos tres días que ellos le otorgaron
Al cielo Colón iba suplicando,
Como el que muerte o el bien que no pensaron
Estaba en el fin dellos esperando:
Al fin dellos, de Lepe un marinero
Vió tierra, y tierra, tierra vió primero.
¡Oh de los hombres seso instable y vano,
Cómo se muda presto y fácilmente!
Poco ha que echar allí en el Oceano
Con furor a Colón quería su gente,
Y agora, vista tierra, ellos la mano
Van todos a besarle encontinente:
A sus pies se echan con su barco y redes
Y le piden perdón, honra y mercedes.
Donde primero de nuestros navíos
En las Indias el áncora fué echada
Fué una isleta en que hay muchos bajíos,
Que de los nuestros fué luego llamada
Como dellos en tantos sus desvíos
Tanto se deseó, la Deseada:

---

8. «Y dicen que se volviera, sino por unos celajes que vió muy lejos, teniéndolos por certísima señal de haber tierra cerca de allí.» Así en López de Gómara.

15. Este marinero de Lepe, que Zapata no nombra, se llamó Rodrigo de Triana, que, despechado por no habérsele concedido la pensión ofrecida al que primero viese tierra, apostató y se huyó a los moros.

Con no oído placer que dello hobieron
En la tierra Colón y ellos salieron.
Los indios, que de lejos descubriendo
Tres naves no antes vistas, venir vían,
Qué cosa fuese aquélla no sabiendo,
De admiración y espanto se hinchían:
Que sobre el mar las casas discurriendo
Anduviesen, creer no lo podían.
Con espanto de ver cosa tan fiera
Se allegaron por ver a la ribera.
Mas, desde que más cerca relumbrando
Las españolas armas descubrieron,
Atónitos quedaron, tal mirando,
Y por nuevos portentos lo tuvieron:
Como los que en las nubes peleando
En la muerte de César armas vieron,
Y así la multitud huye y camina
En saliendo la gente a la marina.
De los cuales los nuestros no alcanzaron
Sino tan sola a una india que huía,
Que con comer, como ave, la amansaron
Y tornaron el miedo en alegría,
Y a llamar a los otros la envïaron,
Que vinieron allí luego aquel día,
Con plata, perlas y oro en sus fardeles;
Que trocaban por vidro y cascabeles.

---

6. La forma primitiva de este verbo fué *hinchir,* como se nota en el siguiente ejemplo de Agustín de Zárate: «...que parecía [la sala] no poderse *hinchir,* aunque se juntase para ello todo el oro que había en el mundo...»; y en varios de *La Araucana,* cuyo comento doy en mi obra sobre Ercilla. (168-4-5).

23. «Los indios, como los vieron salir a tierra con armas y a gran prisa, huyeron de la costa a los montes, pensando que fuesen como caribes que los iban a comer. Corrieron los nuestros tras ellos, y alcanzaron una sola mujer. Diéronle pan y vino y confites, y una camisa y otros vestidos, que venía desnuda en carnes, y enviáronla a llamar la otra gente». López de Gómara.

26. Así se decía antaño, *vidro,* por *vidrio.* Cervantes en *Don Quijote* usó indistintamente de ambas formas: «es de *vidro* la mujer»; «...botones de *vidro*...».

Y sin ser unos de otros entendidos,
Por señas como mudos se entendían,
Y los indios allí humildes venidos
A los nuestros en todo les servían:
Así los nuevos reinos nunca oídos
Los hallaron los que aun no lo creían:
Cuatro veces Colón con su compaña
A las Indias fué, y cuatro volvió a España.

En las cuales por él las islas fueron
Española y de Cuba descubiertas
Y las tierras que el pie firme tuvieron
Y estaban hasta entonces encubiertas:
Después dél otros muchos descubrieron
Lo que hoy se sabe, y llega a nuestras puertas,
Hasta llegar con sed, hambre y afanes
Al estrecho cruel de Magallanes.

En lo que ellos pasaron tanta afrenta
Y milagros mostró el Rey de la gloria,
Que, señor, yo de todo daros cuenta
Sería hacer muchas, no una historia:

---

7. Observa el léxico de la Real Academia que *compaña*, por *compañia* es voz anticuada, si bien se usa todavía en algunas partes; y así la escribía Cervantes: «...comieron los dos en buena paz y *compaña...*» «...sentados todos tres en buen amor y *compaña,* merendaron y cenaron todo junto». *Don Quijote*, I, c. 10, y II, cap. 22.

17. Cervantes ha deslindado en un pasaje de *Persiles y Sigismunda* la, diferencia que hay entre *agravio* y *afrenta:* «...supo, asimismo, cómo su contrario había heredado el estado de su padre, y que había muerto en amistad de su padre de Antonio, a causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se había averiguado que no fué *afrenta* la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia pasaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerza a las palabras, y las que se dicen con las espadas desnudas no *afrentan,* puesto que agravian: y así el que quiere tomar venganza dellas no se ha de entender que satisface su *afrenta,* sino que castiga su agravio». *Colec. Rivad.*, t. I, p. 639.

Ercilla empleó *afrenta* en el mismo significado que lo hizo aquí Zapata, o sea de *aprieto, trance,* cuando escribió, refiriéndose al peligro de naufragio que corrieron las naves de la armada en que se dirigía a Talcaguano:

Pero, ¿quién será aquel que en tal *afrenta...*

Con esto solamente tened cuenta
Y tened, señor, esto en la memoria,
Para ser muy devoto muy sin cuento
Del Sanctísimo Sancto Sacramento.
Que después que fué el Señor Soberano
En la misa en las Indias celebrado,
Los enemigos del linaje humano,
Que antes traían la gente a su mandado
Y a los indios hablaban a la mano,
De allí huyeron luego, a su desgrado,
Y en oyendo una vez sola los crudos
La palabra de Dios, quedaron mudos.
Y una cruz que en las Indias fué plantada
Por Colón, donde está hasta hoy en día,
Que de los indios ser nunca arrancada
No ha podido jamás por su porfía,
Por sólo el palo della (en quien cortada
La madera, otra vez reverdecía)
Sanó copia de enfermos, cojos, tuertos,
Y así resuscitó a infinitos muertos.

---

9. *A la mano,* es modo adverbial figurado, dice el léxico «con que se denota ser una cosa llana y fácil de entender o de conseguir».

10. *Desgrado:* anticuado, por *desagrado.*

13. López de Gómara menciona apenas el hecho, al decir: «Adoraban la cruz, dábanse en los pechos, e hincábanse de rodillas al Ave María, como los cristianos».

Lope de Vega en su comedia ya citada de *El Nuevo Mundo* (para no hablar de los cronistas, como Oviedo o Las Casas) ha contado por extenso los prodigios obrados por la cruz de que se hace mérito en esta estrofa, sin olvidar el de su reverdecimiento:

DULCANQUELLÍN.— Pues al punto
Se quite aquesta cruz de donde estaba.
TACUANA.—Bien dices, tirad todos; ya está fuera.
DULCANQUELLÍN.—Llevadla luego, y en la mar echadla.
¡Mas escuchad, que reverdece el tronco!...

19. *Copia,* voz frecuentísima en los clásicos en su significado de *abundancia,* cuyo uso en Chile es punto menos que desconocido, por más que se hayan conservado sus derivados *acopio, acopiar, copioso, copiosamente,* y se la encuentre muchas veces en *La Araucana,* en el *Arauco domado* de

Pero ya que, señor, sabéis en parte
Cómo se descubrió esta tierra extraña,
Bien es que veáis agora en esta parte
Ya la conquista de la Nueva España,
Que Hernando Cortés, un nuevo Marte,
Conquistó por su esfuerzo, industria y maña,
Veamos lo que traen con sus loores
Al Emperador sus embajadores.

Pedro de Oña y aun hasta los tiempos del P. Ovalle: «...en este lugar se ha sacado y saca siempre [oro] en mayor o menor *copia,* conforme es lluvioso el ivierno...» *Histórica relación,* I, p. 302, segunda edición.

El mismo Zapata la emplea también en su *Miscelánea,* p. 378 «Hacían *copia* de caballeros en la corte para un juego de cañas...»

8. Los primeros procuradores, como se decía en aquel tiempo, despachados por Cortés y la ciudad de Veracruz a Carlos V fueron Francisco de Montejo, nombrado en seguida por el poeta, y Alonso Hernández Portocarrero, que partieron de San Juan de Ulúa en una nave gobernada por el piloto Antón de Alaminos; llegaron a la Habana con buen viaje, cruzaron por primera vez el canal de Bahama, pasaron por las Terceras y arribaron sin novedad a Sevilla, de donde, por la posta, se encaminaron a Valladolid, asiento entonces de la Corte. Para sus gestiones en ella se les juntaron Martín Cortés, el padre de Hernando, y el licenciado Francisco Núñez, que hubieron de estrellarse desde el primer momento con la mala voluntad del presidente, don Juan de Fonseca, en un todo del partido de Diego Velásquez, tanto, que habiendo tratado mal de palabra a Montejo y ante las reclamaciones de éste, le mandó meter a la cárcel e iniciarle un proceso a pretexto de que «había sacado de Medellín, tres años había, una mujer que se decía María Rodríguez, y la llevó a las Indias». Hubieron, pues, de callar y dar cuenta al Emperador, que se encontraba en Flandes, de la manera cómo eran tratados, de la embajada que llevaban y de los presentes que Cortés le enviaba; «y como lo vió y entendió, refiere un antiguo cronista, fué tanto el contentamiento que mostró, y los duques, marqueses y condes y otros caballeros que estaban en su Real Corte, que en otra cosa no hablaban por algunos días sino de Cortés y de todos nosotros los que le ayudamos en las conquistas». Díaz del Castillo.

Portocarrero solicitó licencia para irse a Flandes, que Fonseca no sólo le negó, sino que le mandó echar en la cárcel, en la cual murió. Con el favor de algunos nobles y especialmente del Duque de Béjar, que fué «el que más metió la mano», recusaron a Fonseca ante Adriano, después Papa VI de ese nombre, logrando al fin que a Cortés se le diese la gobernación de la Nueva España y a Montejo el adelantamiento de Yucatán y Cozumel.

Mucho habría que decir de este último, «hidalgo de mucho valor», según

Después que entraron dentro, y juntamente
Para hablar les fué dada licencia,
Delante de gran corte, de alta gente,
Del gran Emperador y en su presencia:
El que más era dellos elocuente,
Montejo, y tenía más dello experiencia,
Con agradable voz, clara y entera
Encomenzó a hablar desta manera:

¡Oh Rey y Emperador, a cuyos fueros
Se traen de acá y de allá nuevos estados!
Nosotros tus vasallos, compañeros
De Hernando Cortés, y sus soldados,
Que a ti somos por él por mensajeros
De sus buenos sucesos envïados,
Ante ti (pues licencia ya tenemos)
Cosas de que placer hayas, diremos.

Cortés, porque de un hombre tan famoso
El principio primero se recuente,
Para que el tener poco un generoso
Para obrar no sea a nadie inconveniente,
En Medellín, de España el más hermoso
Lugar, nasció de limpia y noble gente,
De padres hijosdalgo y sin contienda,
Aunque pobres de haber y de hacienda.

---

le calificaba Bernal Díaz del Castillo, tarea que no me incumbe; pero sí diré que su figura se hizo popular en España por haber sido sacada más de una vez a las tablas.

6. Francisco de Montejo, de quien vuelve a hablar más adelante.

8. *Encomenzar,* anticuado: *comenzar.*

18. *Recontar,* por *contar, relatar, referir,* muy usado en escritores peninsulares desde el primer tercio del siglo XVI, como lo notó Rodríguez Marín *(Barahona de Soto,* p. 391), afecta un origen italiano, a juicio del sabio humanista. Su empleo por los autores de cosas de América, como Oviedo, Ercilla, Cieza de León, Castellanos, Barco Centenera, se puede acreditar fácilmente.

24. Hernando Cortés «fué hijo de Martín Cortés de Monroy, no rico, aunque de noble casta, y de doña Catalina Pizarro, del acunia *(sic)* de los Pizarros y Altamiranos, también noble... Cervantes de Salazar, p. 116.

Crióse muy enfermo, que llegaba
Muchas veces al puerto de la muerte;
Mas, una ama sagaz que le criaba
Le echó los doce Apóstoles en suerte,
Y a Sant Pedro, que fué el que atrás quedaba,
Le dió por abogado, y desta suerte,
Como el rogar a Dios es nunca en vano,
Cortés de sus dolencias quedó sano.
De aquí gran devoción toda su vida
Le quedó con este apóstol santo;
Y cada año su fiesta esclarecida
Fué celebrada dél con loor y canto:
Dos años para oir leyes sin medida
Estudió en Salamanca, tanto cuanto,
Mas, harto de estudiar, sin detenencia
A los padres volvió sin su licencia.

«Entrambos [los padres de Cortés] eran hidalgos, ca todos estos cuatro linajes Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano, son muy antiguos, nobles y honrados. Tenían poca hacienda, empero, mucha honra...» Gómara.

8. Cortés, siendo niño, enfermó gravemente y sanó por intercesión, según decían, de San Pedro, a quien su ama se encomendó, después de haberle sacado en suerte entre los santos: práctica que solía usarse antaño y que la vemos todavía en uso en Chile en el primer tercio del siglo XVII.

«De ahí tuvo siempre Cortés por su principal abogado y devoto al glorioso apóstol de Jesucristo sant Pedro, y regocijaba cada un año su día en la iglesia y en su casa, donde quiera que se hallase». Gómara.

14. *Tanto cuanto* en su valor de *muy poco, algún tanto*, como en estos ejemplos que nos ofrece Cervantes en *Don Quijote:* «y así, no se hubo movido *tanto cuanto,* cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote...» «Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara *tanto cuanto,* para darte a entender, Panza, en el error en que estás». Parte I, caps. 15 y 43.

En ningún gramático hallo consultado este uso de *tanto cuanto* en su valor de *un poco,* excepción hecha de Garcés, quien dice: «...sentido contrario [a *todo*] os darán estas mismas voces, si yendo unidas pero con más íntima unión forman las dos uno solo y único sentido, como pudiera la sola palabra *un poco*...» Tomo I, p. 320, segunda edición.

15. *Detenencia,* anticuado, por *detención.*

16. «A los catorce años de su edad lo enviaron sus padres a estudiar a Salamanca, do estudió dos años, aprendiendo gramática en casa de Fran-

Y como aquel que allí no reposaba,
A sus padres pesar y enojo dando
Estuvo si iría (ya que irse pensaba)
Con el Gran Capitán mucho pensando,
(Que entonces para Nápoles pasaba)
O a las Indias con un su deudo Ovando:
Al fin se resumió en esto postrero,
De donde había gran fama de dinero.
Mas no pudo ir allá, que de dolencia
Se quedó, y de otros más inconvinientes:
Volvió a Italia, queriendo ir a Valencia,
Donde se anduvo al hilo de las gentes:
De allí volvió a las Indias con licencia
De sus padres, amigos y parientes,

---

cisco Núñez de Valera, que estaba casado con Inés de Paz, hermana de su padre. Volvióse a Medellín harto o arrepentido de estudiar, o quizá falto de dineros. Mucho pesó a los padres con su ida, y se enojaron con él porque dejaba el estudio.»

6. Don Nicolás de Ovando, comendador de Lares, nombrado gobernador de Santo Domingo.

7. *Resumirse,* que vale aquí lo que resolver en último término, acepción que no se registra en el léxico, fácil de comprobar con ejemplos de buenos autores, verbigracia, Ercilla, que emplea ese verbo no menos de tres veces en tal significado (176-5-3).

En disputa la lucha *resumieron*...

Juan de Castellanos (*Elegías*, p. 86):

El Polo se *resume* que escribiese
De su mano el mandato y que se asiente...

Garcilaso, égloga II:

Pues, ¿en qué te *resumes,* di, Salicio,
Acerca deste enfermo compañero?

12. *Irse al hilo de la gente* es frase, dice el Diccionario de Autoridades, «con que se significa que alguno sigue el dictamen o parecer de otro, sin averiguar su certidumbre o firmeza, sólo por verle aplaudido de muchos», citando como comprobante el siguiente ejemplo de la *Historia de Santo Domingo* del P. Castillo: «*Al hilo de las gentes* se va sin más discurso, ladrando cuando ladran todos, halagando cuando todos halagan».

Y a gran peligro, al cabo con su sola
Persona, al fin llegó a la Isla Española.
Así al Emperador le iban contando
De Cortés el principio y sus hazañas,
Y a aqueste punto y término llegando
Los que habían de decir cosas extrañas,
Un dolor nuevo, y un pesar que entrando
Me traspasa y me rompe las entrañas,
De que quebrar el corazón me siento,
Atajo a los de México su cuento.
Ni por agora más se quiera dellos
Saber, ni más de mí agora se pida,
De la pluma mi mano a los cabellos
Y a mis barbas con ansia es convertida:

---

2. «Mas, entretanto que Ovando aderezaba su partida y se aprestaba la flota que tenía de llevar, entró Fernando Cortés una noche a una casa por hablar a una mujer, y andando por una pared de un trascorral mal cimentada, cayó con ella... Quedó malo de la caída, recresciéronle cuartanas que le duraron mucho tiempo; y así, no pudo ir con el gobernador Ovando. Cuando fué sano, determinó de pasar a Italia, según ya lo había primero pensado, y para ir allá echó camino de Valencia; mas no pasó a Italia, sino andúvose a la flor del berro, aunque no sin trabajos y necesidades, cerca de un año. Tornóse a Medellín con determinación de pasar a las Indias; diéronle sus padres la bendición y licencia para ir». Gómara.

Las peripecias de su viaje, que hizo en una nave de Alonso Quintero, que si no hay homonimia de por medio, debe de ser el mismo piloto que ha dejado su nombre a un puerto de Chile, se hallan contadas por todos sus historiadores. Su arribo a la Española se efectuó en 1504.

14. Compruébase el valor que tiene aquí *convertir* de *dirigir, volver, enderezar,* con estos otros ejemplos de Ercilla (432-5-7; 470-1-3).

Tenemos en la espada confianza,
Que os quitará (en vosotros *convertida)*...

Que por la cara patria han *convertido*
En sus mismas entrañas las espadas...

Véase el siguiente, que tomamos de Cervantes (*Numancia,* jornada III, esc. I):

LINA.—El hierro agudo, el brazo belicoso
Contra mí, buen soldado, se *convierte.*

Alegres cuentos ya no quiero vellos,
Pues fenesció la vida de mi vida,
Y con grave dolor, rabia y quebranto
El lloro corta el hilo de mi canto.





Canto XII.—En este canto los que envió Cortés desde las Indias prosiguen contando al Emperador la conquista de la Nueva España.

La pena y el dolor cuando a la cumbre
Llegan de un corazón entristecido,
Como de haber la dulce y clara lumbre
(Con quien juntado Dios me había) perdido:
Pierde hombre el seso, el tino y la costumbre,
Pierde hombre la razón, pierde el sentido,
Y se da, sin tener más poderío,
Del dolor poderoso al albedrío.
Como la nao que la terrible afrenta
Del tempestuoso tiempo no sufriendo,
El arte y el saber que la sustenta,
En tal fortuna igual al mal no siendo,
Se da en poder de la crüel tormenta
Que acá y allá la lleva padeciendo:
Así a mí me ha ocupado el dolor fiero
De ti, doña Leonor Puertocarrero.
Así a mí me ocupó mi desventura
Y tu bien con tormentos nunca oídos,
Y como allá llevaste la cordura
Y otros bienes acá no merescidos:
Bondad, gracia y saber y hermosura,

Tras ti así me llevaste los sentidos,
Y con dolor tan grave, como cuento,
Perdí el seso, perdí el entendimiento.
Y por vivir en llantos y agonías
Perdí de toda cosa la memoria,
El bien en mal troqué, y el alegría
En pesar, y en tormento cruel la gloria:
Y así (yo lo confieso) aquí querría
Dejar del alto Emperador la historia.,
Más escritor ya de élegos dolientes
Que no de hechos claros y excelentes.
Cuando entre mis sospiros y entre enojos,
En medio de mis lágrimas extrañas
Alcé el rostro, y vi aquella ante mis ojos
Que está y estará siempre en mis entrañas:
Traya los hermosísimos despojos
Que, (si, mi corazón, tú no te engañas)
No ha dado en nuestro tiempo la natura
De humana carne acá tal vestidura.
Y con el resplandor que de sí daba
Mi aposento alumbró escuro y sombrío,
Y de olor celestial que penetraba

---

10. *Élego*, adjetivo, sustantivado aquí, que vale *elegíaco*.

12. Así solía escribirse antaño *suspiro*, forma que no registra el léxico. Ercilla y Cervantes decían todavía *sospiro* y *sospirar*. Valgan estos ejemplos de *La Araucana* (109-1-2; 117-3-7).

Los *sospiros*, clamores y lamento...
Antes *sospiran*, gimen y se ofenden...

16. *Traya:* así también se halla todavía en *Don Quijote*, verbigracia (Parte I, cap. XIV): «Ticio *traya* su buitre...» Forma sobre la cual observa el sabio comentador de Cervantes: «... de traer se dijo *trayo* y *traya*, como de caer *cayo* y *caya*», que corrobora con otro ejemplo de aquella obra y uno de un auto del siglo XVI.

21. *Escuro*, anticuado, que aun se conserva en nuestra habla popular, de empleo frecuente en los escritores de aquel tiempo, verbigracia, en *La Araucana*, en la que se le halla no menos de treinta veces y de que sería ocioso presentar ejemplos.

Le hinchó, como hinche un vaso un río:
Paséme a tanto bien, y ella que estaba
Mirándome, me dijo: Señor mío,
¿Por qué ofendes con lágrimas y llanto
A quien te amaba a ti y tú amabas tánto?
¿Por qué gimes por mí y lloras en vano?
¿Por qué por quien está en tanta alegría
Llorar? No, no se debe de un cristiano
El fin, que acaba en Dios y en Dios confía.
¿Por qué defraudas al linaje humano
Del talento que Dios dado te había
Y así por plantear dejas la historia
Con que a Dios servías, digna de memoria?
A Dios, que allá da al bien el pago en lleno
Y quiere aun que haya acá loores enteros
Y que viendo después un rey tan bueno
Por ti, y tan excelentes caballeros,
Espuelas a obrar bien, y obrar mal, freno
Después sea a los mortales venideros
Y vean el bien y el mal puesto en su asiento
En un tan claro y ilustre monumento.
Ni pienses que estos casos tan sangrientos
Sin el querer de Dios da la ventura,
Que cuando más estábamos contentos,
Metió en tanto dulzor tanta amargura: 21
Pon sólo en el Señor tus pensamientos,
Pues vees que el bien de acá nada no dura,
Y mientras place a Dios y a su medida,
Ni te ofenda mi muerte, ni tu vida.

---

1. *Hinchó,* de *henchir.* Observa Selva en su *Guía del buen decir,* n. 210, que *henchir* «poco se usa en la primera persona del indicativo, porque la forma *hincho* viene a corresponder también al verbo *hinchar*... Siguiendo lo norma que ofrecen Hojeda, Moratín (N.) y algunos otros autores, *hinchó* pertenecerá a *henchir* y no a *hinchar.* La Academia, Bello, Isaza y otros gramáticos conjugan *hinchió, hinchieron,* etc., ni faltan buenos escritores que autoricen plenamente tal decir», citando en comprobante el siguiente verso de Ercilla (168-4-5):

Hinchieron de las mesas los asientos...

Así diciendo, a mí, que entre alegría
Y lágrimas estaba ante ella atento
Y que a sus pies besar irle quería,
Se desaparesció luego al momento:
Como se vuelve así invisible al día
Una hermosa llama a su elemento,
Así invisible se tornó ella al cielo,
Y yo otra vez por muerto caí en el suelo.
Vete con Dios y en paz, alma hermosa,
Dejando al triste estar con los contentos,
Y si para llorar mi propia cosa
Pueden algo mis versos y lamentos:
Siempre el mundo tendrá piedad llorosa
De que este año de mil y de quinientos
Y de cincuenta y ocho, a tres de Enero,
Perdí a doña Leonor Puertocarrero.
Mas, por hacer en todo tu mandado
(Sin que me sean las lágrimas excusa)
Volver quiero al propósito olvidado,
Aunque en mí vea las cosas muy confusas:
Mas tú, más que las Ninfas que he invocado
Hermosa, y tú, más sabia que las Musas,
Torna añudar (te invoco) el roto hilo
De nuestro ñudo roto, de mi estilo.
Excelso y alto Príncipe, si cuando
Voy a escribir, me deja el dolor fiero
Que me está estas entrañas traspasando,
A la historia de Carlo tornar quiero:

---

23. *Torna añudar*, suprimida la preposición *a* por omisión mecánica de una vocal idéntica a la con que termina una palabra y principia la siguiente, práctica frecuente en los antiguos textos impresos; pero más que esto, recuérdese, a propósito de *añudar*, lo que escribe Rodríguez Marín comentando esta frase del *Quijote*, t. II, p. 355, nota 13: «y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia». «*Añudemos*, o *anudemos*, el hilo. Esto es castizo, y no el *reanudar* de ahora, traído y mal traído del *renouer* francés. Y si quisiéremos decir *anudar de nuevo*, mejor será prescindir de *reanudar*, por huir hasta de las semejas galicistas, y decir *tornar a anudar*, tal como lo dijo Cervantes en *Persiles y Sigismunda*, libro II, cap. III: «...una vez, *tornando a anudar* la plática pasada...»

Los de Cortés que los oía él orando,
Prosiguiendo su cuento verdadero,
Decían así: Con su persona sola,
Señor, Cortés llegó a la Isla Española.
Tenía en esta sazón diez y nueve años,
Y a veces de anegarse en punto estuvo,
Y después padeció infinitos daños
De trabajo y de sed y hambre que hubo:
Hízole la Fortuna mil engaños,
Preso y en disfavor gran tiempo anduvo,
Porque el Gobernador destos partidos
A los que le querían mal daba oídos.
Y una vez de las cárceles, forzado
Le fué de se salir por fuerza humana,
Quebrantó de sus hierros el candado
Y se descolgó a la fin de una ventana;
Y otra, que en una nave aherrojado

---

5. «Tenía Hernando Cortés diecinueve años cuando el año de 1504 que Cristo nasció, pasó a las Indias». Gómara.

9. Alude aquí, según se colige, a la postema que se le formó a Cortés en la pierna derecha: «Decían sus amigos que eran las bubas, porque siempre fué amigo de mujeres, y las indias, mucho más que las españolas, inficionan a los que las tratan». Cervantes de Salazar, *Crónica de Nueva España*, p. 118.

10. *Disfavor*, que vale aquí lo que hoy llamamos «caer en desgracia», y a que Ercilla aludía en su testamento poético inserto al fin de *La Araucana*, diciendo que le tenía

Arrinconado en la miseria suma.

Es voz que Zapata describió de mano maestra en uno de los sabrosos párrafos de su *Miscelánea*, que resulta muy largo para insertarlo aquí.

16. «Cortés que se vió en el cepo, temió algún proceso con testigos falsos, como suele contecer en aquellas partes. Quebró el pestillo del candado del cepo, tomó la espada y rodela del alcaide, abrió una ventana y descolgóse por ella y fuése a la iglesia». Gómara.

Fin, femenino, se le encuentra todavía en *La Araucana* (222-5-4).

La fin tuya y principio de mi llanto...

«*Desorden*, *fin*, observa Bello (*Gramática*, p. 40) son hoy constantemente masculinos». Podríamos citar infinidad de ejemplos del uso femenino

So sota estaba su persona ufana,
Sacó el pie a gran afán de la cadena
Y salió por la bomba a gran pena.
Y tomando el esquife del navío,
De noche escura al mar se echó remando;
Mas, tanta la corriente era de un río,
Que temió aquésta, al barco trastornando,
De su ropa y papeles hizo un lío
Sobre sí, y por el piélago nadando
Como un pez contra la corriente fiera
Salió del mar cansado a la ribera.
Así el lino, en nasciendo, es trabajado,

---

de esa voz antaño, que así siguió en Chile aun hasta mediados del siglo XVII:

Y entiendan a *la fin* los descreídos
Que estamos sin Dios, aunque afligidos...
Las Guerras de Chile, canto X, p. 213.

1. *Sota,* voz de origen hebreo rabínico, según el léxico enseña, vale *debajo* en su acepción anticuada. Esa expresión *so sota* era corriente antaño. Contando este incidente de la vida de Cortés, la emplea también López de Gómara: «y metiéronle en una nave *so sota*»; y Cervantes de Salazar: «Había al presente en el puerto de la villa de Barucoa *(sic)* un buen navío, en el cual mandó [Diego Velásquez] meter a Cortés bien aprisionado y debaxo de *so sota*». Entiendo que esa expresión significa aquí lo que diríamos hoy *en la cala* de la nave.

3. Apenas necesito decir que López de Gómara refiere el hecho en la misma forma que nuestro poeta: «Probó muchas veces a sacar el pie de la cadena, y tanto hizo, que lo sacó, aunque con grandísimo dolor. Trocó luego aquella mesma noche sus vestidos con el mozo que lo servía; salió por la bomba sin ser sentido. Colóse de presto por un lado del navío al esquife...» Pero Cervantes de Salazar niega este aserto del cronista, al par que coincide en que «tuvo manera, aunque con mucho trabajo, cómo quitarse las prisiones y salirse por un escotillón... y no, como dice Gómara, que, trocando sus vestidos con el mozo que le servía y saliendo por la bomba, se metió en un esquife». Página 122. Con todo, mucho más verosímil parece la relación de López de Gómara que la de su impugnador, quien supone que Cortés, que no sabía nadar, se abrazó a un madero, en el cual las olas le llevaron una legua mar adentro, y que después, con la creciente, logró llegar a tierra.

11. Véase lo dicho en la nota precedente.

Se enría y maja y espada y va de hecho
Por rastrillo, rueca, aspa, y fatigado
Es siempre antes que salga de provecho:
Por mil trances va un hombre señalado
Hasta que la Fortuna, a su despecho,
Que del bien con envidia le desvía,
Se deja al fin vencer de su porfía.
  Después de haber pasado estas tormentas,
Un lustro, a su pesar, se estuvo quedo,
Y se dïó a granjear, y en estas rentas
Para armar poder tuvo su denuedo
La flota que diré; de aquestas cuentas
Inferir, de cualquiera, y decir puedo,
República, rey, pobre o caballero,
Que los ñervos le son tener dinero.
  Ni le es a un capitán muy valeroso
Faltarle esto que digo de la mano
Más que faltar la pluma a un animoso
Halcón para ir al cielo de la mano:
Saber, fuerza, linaje generoso
¿Qué valen? ¿Qué, tú, vales, mundo vano?
Pues, ¿qué es (sin que yo en esto nada exceda)
Quien te manda y gobierna? ¡La moneda!
  Pues nuestro capitán armó a la fama
Del saber que en la Nueva España había,
La Nueva España, ya agora se llama,
Pero Yucatán antes se decía,
Allí en Cuba once naos de buena trama,

---

15. La forma arcaica corriente fué *niervo,* de acuerdo con los cánones usuales de la lexicología castellana, como nota Cuervo; pero sin que falte, cual en este caso, ejemplo de *ñervo,* en la que se junta y palataliza el diptongo *ie*, que conservan los campesinos de Chile.

19. Bien se ve en esta comparación y en otras que luego se han de ofrecer, cómo trasciende la afición del cazador y aparece el entendido en cetrería.

Para la cabal inteligencia del concepto encerrado en este verso, hay que leer *desde* por *de:* tal como escribió también Ercilla:

Canten *de* hoy más los que tuvieren vena...

Y juntó para el fin que él emprendía
Quinientos y cincuenta compañeros,
De los que eran los ciento marineros.
De los cuales hizo once compañías,
A compañía por nave, y les dió el ante
A Ordaz, Montejo, Olid y León; por guías
Salcedo, Avila, Morla y Escalante,
Y a Escobar, que era aún de pocos días,
Fué Puertocarrero otro en tal instante
De aquestos capitanes que elegía,
Y él tomó para sí otra compañía.

---

3. López de Gómara señala el mismo número, pero reduce a cincuenta el de los marineros. Otro tanto afirma Cervantes de Salazar: «Llegados todos los navíos y gente del armada de Cortés a Sant Antón, hizo luego allí alarde y halló que llevaba quinientos e cincuenta españoles, de los cuales los cincuenta eran marineros». Página 127.

5. *Dar* a uno *el ante* es locución que no registra el léxico: claro está que equivale en este caso a decir *el mando*. *Ante*, preposición, pasa aquí a desempeñar así el oficio de sustantivo, como en este otro ejemplo que hallo en la comedia *El Nuevo Mundo* de Lope de Vega, ya citada, acto II, escena IV, p. 588:

ZELÍN.—Deja el ámbar y las flores,
Juega el freno, embraza *el ante*...:

acepción de *ante* que no se encuentra tampoco en el léxico.

11. Los nombres de los capitanes de Cortés fueron, según el orden en que aparecen indicados en el poema: Diego de Ordaz, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid (cuya efigie puso Antonio de Herrera en uno de los frontis grabados en cobre que adornan sus *Hechos de los Castellanos)*, Juan Velásquez de León, Francisco de Saucedo o Sauceda (el Salcedo del texto), Alonso de Avila, Francisco de Morla, Juan de Escalante, Alonso Hernández Puertocarrero; el de Escobar no consta en ninguno de los dos cronistas que he venido citando, ni tampoco en Díaz del Castillo, que le da por apodo «el paje». Página 23.

Laso de la Vega, *Cortés Valeroso*, canto I, también le nombra:

... ..Escobar, llamado el Viejo,
Por arriscado, plático y severo...

Por piloto mayor nombró a Alaminos
Desta navegación dudosa y larga;
Tomó docientos indios de allí, dinos,
No más que solamente para carga;
Y diez y seis caballos, que vecinos
Le dieron y haber pudo a dicha larga:
Avitualló la flota en tal manera,
Y puso en lo alto della su bandera.
Era de azul y blanco, hecha a fuegos,

---

1. Antón de Alaminos, a quien llamaremos el Viejo, para distinguirlo de su hijo, que llevaba el mismo nombre y fué también piloto, era natural de Huelva o Palos. Acompañó a Colón en su cuarto viaje en calidad de grumete y sirvió después como piloto a Juan Ponce de León, a Francisco Hernández de Córdoba y, finalmente, a Cortés, quien le despachó a España desde el puerto de San Juan de Ulúa, el 26 de Junio de 1519, para que llevase a Carlos V la noticia de sus descubrimientos. Alaminos fué el descubridor de Yucatán, del Canal de Bahama y del Gulf Stream.

3. En esta voz *dinos* pudiera entenderse que media la licencia poética de suprimir la primera sílaba de *ladinos;* pero, quizás, cabe mejor la interpretación de que vale *aptos,* o sea, *dignos.* El mismo número de indios señalan López de Gómara y Salazar, y éste agrega que eran de Cuba, y que además de ellos, iban «ciertos negros y algunas indias para hacer pan».

5. «...y diez y seis caballos y yeguas ...» Salazar. Bernal Díaz del Castillo describe uno por uno esos diez y seis caballos y yeguas y apunta los nombres de sus dueños o jinetes. *Conquista de Nueva España,* p. 20, ed. Rivad.

9. No consulta el léxico de la Real Academia la voz *fuego* en la acepción que en este caso le corresponde de *tira* o *lista* en forma de *flámula* o *gallardete.* Era, evidentemente, en aquel tiempo término de heráldica. La emplean con el mismo motivo Salazar, Gómara y Laso de la Vega (canto I):

De contrapuestos *fuegos* varïada,
Blancos y azules, hizo su bandera...

Interpretando el significado que en heráldica corresponde al fuego, se expresa así el Marqués de Avilés: «...y así en Armería puede significar aquellos que desean adquirir gloria, exponiéndose a maravillosas acciones, y combatiendo con ardor y coraje por el bien y el honor de su Príncipe y de su Patria, y llenos de generosidad elevan sus pensamientos del propio modo que el fuego lo hace con sus llamas.» *Ciencia heroyca reducida a las leyes heráldicas del Blasón,* Madrid, 1780, 8.°, t. I, p. 317.

Ya sea que la voz de que se trata venga o no del francés *flamme* (de

Y una cruz en el medio colorada,
Con una letra que podían ver ciegos,
De lejos en la tela señalada,
Que así decía por sí en renglones legos
A los que iban allí en esta jornada:
Sigamos esta cruz, que si creemos,
En esta señal sancta venceremos.

---

donde nuestro *flámula*) es lo cierto que la forma del gallardete representa gráficamente la llama o el fuego, que en el significado simbólico que se le atribuye, en heráldica, por lo que acaba de verse, se aviene de todo en todo con los proyectos y empresas de Cortés, justificando en el hecho la razón que tuvo para idear su bandera en la forma que lo hizo.

2. *Letra,* en su acepción de *letrero,* anticuada, según el léxico, voz que se encuentra usada en América hasta por lo menos mediado el siglo XVII. En *La Araucana* la vemos en aquel célebre pasaje en que el poeta, refiriéndose a la que fué su mujer, dijo:

Vi a sus pies una *letra* que decía
Del tronco de Bazán doña María.

Las referencias americanas a que aludíamos constan de *La Argentina,* de Barco Centenera:

Las *letras* que en los palos se ponían...

y de *Las Guerras de Chile,* canto X, p. 217.

4. En renglones *legos,* esto es, en castellano, contraponiendo *lego* a erudito, con más especialidad en el caso presente para significar que la leyenda de la bandera no estaba escrita en latín o en griego o cualquiera otra lenga sabia.

7. En tiempos de Cortés, lo acostumbrado en la milicia era que todos los capitanes llevasen su bandera peculiar. Así Ercilla, en la reseña que da de los que se alistaron en Lima para hacer la campaña de Chile, dice que allí

Estandartes, enseñas y pendones
Al viento en cada calle tremolaban:

práctica que explica Fernández de Oviedo en sus *Quinquagenas,* p. 108, en os términos que siguen: «...Habemos de entender que los pendones y banderas son para que la gente de guerra é de los pueblos, en batallas donde hay copia de gentes, se puedan acaudillar é cada uno sepa a quién sigue... é con qué capitán milita, para lo cual cada general o particular capitán trae diferenciada su bandera con sus armas o devisa...».

Los «renglones legos» de que habla Zapata que llevaba la bandera de

Éste fué el aparato, ésta la gente
Que sacó el buen Cortés de aquella tierra,
Con tan pocos, no hay número que cuente
Cuántos pueblos ganó en aquella guerra:
Pues, todo estando a punto, el excelente
Capitán nos habló, aun estando en tierra,
Nos hinchó de esperanza, y puso en tanto
De sí en admiración y en gran espanto.

Y luego él embarcado a su albedrío,
De la punta de Cuba la postrera
Al cabo de Cotoche alto y sombrío,
Que de Yucatán la primer tierra era,
Enderezó la proa de su navío,
De quien seguían los otros la bandera:
Dió nombre allá en el golfo el nombre amado
Del apóstol Sanct Pedro, su abogado.

La primer noche que iba atravesando
De Cuba a Yucatán el golfo ondoso
Se levantó un nordeste venteando
Que desrotarse fué a las naos forzoso:
Así esparcidas fueron, lugar dando

Cortés, o sea, su divisa, eran, según Gómara: «Amigos, sigamos la cruz; y nos, si fe tuviéramos en esta señal, venceremos». «La bandera que Hernando Cortés tomó y puso en su navío era de tafetán negro; su devisa era una cruz colorada en medio de unos fuegos (y aquí tenemos que de nuevo sale a campear esa voz) azules y blancos; el campo y orla, negros. La letra que iba por la orla decía: «Amigos, la cruz de Cristo sigamos, que, si en ella fe tuviéremos, en esta señal venceremos». Salazar, p. 128.

Tal leyenda era, como se advertirá, simple paráfrasis de la que usó el emperador Constantino.

1. *Aparato* es, según advierte Covarrubias, «el ornato y sumptuosidad de un señor y de su casa», que de ordinario se empleaba antaño refiriendo esa voz a los aprestos y arreos militares, como en este ejemplo que se halla en *La Araucana* de Ercilla (412-3-8):

Que iba a reconocer bajo de trato
La gente, alojamiento y *aparato*.

18. *Ondoso*, anticuado: *undoso*. Usado aún por Pedro Oña.

20. Voz de formación perfectamente idiomática, anticuada hoy sin fundamento y no registrada en el léxico. Se la halla empleada también por

Al temporal más que ellas poderoso,
Y en Acuzamil, isla allí oportuna,
Al fin las naos llegamos, excepto una.
Aquella noche tempestuosa tanto
De la nave de Morla el viento fiero
Y el mar le rebataron entre tanto
De la mano el timón al timonero:
Hizo señal la nao, y amainó en tanto
Cortés, y esperó, que iba el delantero,
Y sobre ella fué con la capitana
Y aguardó al resplandor de la mañana.
Y con la nueva luz en más bonanza
Se demostró la mar de antes tan brava,
Y vieron sobre el agua a su ordenanza
Que suelto acá y allá el timón andaba:
Por él se echó al mar Morla, y sin tardanza
Le sacó y le suplió adonde faltaba:
Y estas dos naos que así se detuvieron
A la postre a allegar a la isla fueron.
Allí bien hospedados a la entrada
Fuimos de los isleños halagueros

López de Gómara en el pasaje que, evidentemente, sirvió de base a Zapata para la redacción de esta parte de su poema: «La primera noche que se partió Fernando Cortés y que comenzó a atravesar el golfo que hay de Cuba a Yucatán, y que ternía pocas más de sesenta leguas, se levantó nordeste con recio temporal; el cual *desrotó* la flota».

El término que en este caso usó Salazar fué *desbarató,* si hemos de atenernos al texto impreso, pero dudo de que tal diga y me inclino a creer que hay de por medio un yerro en la copia.

6. *Rebatar,* otra de las muchas voces anticuadas empleadas en el poema, y que vale *arrebatar.*

13. *De antes,* m. adv. fam., dice el léxico, que vale de «tiempo anterior», cual en este ejemplo de *Don Quijote:* «...tan bien barbado y tan sano como *de antes*»... I, cap. XXIX. Garcés lo escribía en una sola palabra, como hoy hacemos con *denantes.*

19. Esta isla a que arribó la flota y en la cual pone Zapata la relación de las dos proezas fabulosas de Cortés que van a leerse, es la que se llamaba de Acuzamil y más generalmente Cozumel. Antonio de Herrera y Alcedo.

21. *Halagueros.* Variante ortográfica de la voz anticuada *falaguero,* halagüeño.

Tenía toda aquella isla atribulada
Un águila, y un pez, dos monstruos fieros,
Que no salía la gente, amedrentada
Del águila, a los campos placenteros,
Ni del tiburón crudo que temían
Al mar o ríos llegar no se atrevían.
Que si cerca del agua descuidados
Hombres, caballos, y aun los otros crudos
Se llegaban, del pez arrebatados
Eran, y de sus dientes muy agudos:
Y como estos isleños desarmados
Fuesen, y casi siempre andan desnudos,
El águila feroz que andar los vía
Con su cruel pico y uñas los comía.
Yo ví una vez lo que diré, que siendo
Con todos ya al lugar Cortés llegado
Quiso envïar un indio al mar, habiendo
Cierta alhaja en las naves olvidado,
Mas nadie ir quería, el águila temiendo:
Quiso uno al fin, mas por su mal osado,
Que en sus pies se fió, no entonces fieles,
Porque Cortés le dió dos cascabeles.
Estábamos a vista de la armada,
Y había entre el mar y el pueblo un campo llano;
Salió el indio desnudo a su embajada,
Como al palio desnudo va el villano,

---

26. Muy usada era en aquel tiempo la costumbre de correr el palio, fiesta que consistía en señalar cierto espacio en que los competidores iban a encontrar a su término un objeto como premio al que llegase primero en la carrera, y que, de ordinario, consistía en un pedazo de paño. Ercilla se vale en su *Araucana* varias veces de tal comparación:

Para correr el *palio* acostumbrado...

El rojo *palio* al fin tocó el primero,

refiriendo el hecho a una fiesta indígena. Bien gráfica es la pintura que Oviedo nos ha dejado en sus *Quinquagenas* (p. 545) de otra de esa naturaleza que vió en Roma y que intituló «El palio de los viejos».

Corriendo con presteza arrebatada,
Como sale una jara de la mano:
Estábamos mirando con espanto
Cómo por aquel campo corría tanto;
Cuando un terrible son, un fiero estruendo
Oímos que del aire rompía el velo;
Alcé el rostro, y venir vimos cayendo
Como un cruel rayo el águila del cielo:
No cae de arriba a una gallina siendo
Un halcón muy cogido, ni al señuelo
Tan presto, como el águila caía
Al indio que en el llano correr vía.
El triste, que venir siente el ruído
Sobre sí y que sobre él amenazaba,
Huye como una liebre espavorido,
Y ya, ya la grande águila llegaba:
Cayendo ella y surtiendo al dolorido
Como una liebre un girifalte, andaba
Y dejaba sus cuestas de uñaradas,
Cada vez que caía, acuchilladas.
Faltábale ya un poco en tal afrenta
Para llegar a nuestras navecillas,

---

11. Nueva manifestación de las aficiones y conocimientos cinegéticos del que había de ser autor del *Libro de Cetrería*.

15. *Espavorido*, ant., *despavorido*.

17. *Surtir*, en su acepción anticuada de *rebotar*, mucho más comunmente usado en su forma compuesta *resurtir*, en que se halla en muchos de los escritores americanos de la época colonial.

Resurte arriba del macizo suelo,

decía, por ejemplo, Ercilla (170-3-2).

18. *Girifalte*, pero más comunmente dicho *gerifalte*, que es el mayor de los halcones que viven en España. De tal voz habría procedido, según se supone, nuestro *falte*.

19. *Cuestas*, por *costillas*, que se usa todavía en la locución *a cuestas*, que vale en tal caso *espaldas*, como Cejador observa que se halla en la Biblia escurialense.

21. Recuérdese lo dicho en nota anterior respecto del significado de esta voz *afrenta*.

Cuando ya al cabo el águila hambrienta
Con el triste pegó por las costillas,
Le asió recio y le hizo sin más cuenta
Caer de rostro en tierra y de rodillas,
Y sin él contrastar a furia tanta,
Le metió luego el pico a la garganta.
Nosotros desde el pueblo que así vimos
En tanto aprieto a nuestro mensajero,
Nuestras armas tomando arremetimos,
Más fué tarde este acorro valedero,
Que ya le tenía muerto cuando fuimos,
Que dél no sacó el pico ella, primero
Que le cortó el pescuezo en poca pieza,
Y le dejó a una parte la cabeza.
Con la facilidad que por los llanos
En los hermosos campos de Patilla
El neblí que el lavanco hubo a las manos
Degüella o en las marismas de Sevilla,
Corre a sacarlo vivo de sus manos
El labrador, mas más se maravilla
Que por presto que vaya apresurado
Ya la cabeza al triste el cruel cortado.
Pues viéndonos llegar, se alzó volando,
Como quien huye y va sin tener miedo,
Un gran rato estuvímosla tirando
Con arcabuces y arcos, con denuedo:
Era tan grande y tal, que yo espantado
Me estoy y agora aún pensar no puedo

---

10. *Acorro,* vale *socorro*, y es derivado de *acorrer,* verbo frecuentemente empleado antaño.

13. Antaño se decía *en poca pieza, gran pieza, una pieza,* por intervalo o lapso de tiempo: en todas esas formas encontramos la voz en *La Araucana* y en los escritores del buen tiempo. En América la emplearon Juan de Castellanos, Valbuena, Gaspar de Villagra y otros. El propio Zapata nos ofrece algún ejemplo de su uso en su *Miscelánea,* p. 254.

17. *Lavanco* vale lo que entre nosotros *pato silvestre.* Nueva alusión a la práctica de cazador de Zapata.

22. Falta el verbo, sin que sea admisible su elisión, produciéndose así una construcción viciosa.

Cómo en el aire un cuerpo tan pesado
Podía ser de la pluma sustentado.
Cortés viendo con tanta destemplanza
Al miserable y triste indio herido,
Con mucha compasión á la venganza
Dél y con grande enojo fué movido
Y de todos los indios sin tardanza
Por nuestro inmenso Dios le fué pedido
Que déstos dos terribles monstruos fieros
Los librase él y nuestros compañeros.
De allí al lugar nos fuimos aquel día,
Y el otro Cortés solo salió al campo,
Que con la homicida águila quería
Para matarla sólo entrar en campo,
Como toda aquella isla le pedía:
Fué aquéste un muy reñido y recio campo
De entre un hombre y un águila tan fiera,
Que pasó, oh gran señor, desta manera:
Salía el sol de las ondas encendido
Y de los montes daba en el altura,
Cuando Cortés, de una gran piel vestido
Del hombre a la del muerto indio propia y pura,
Un puñal y una espada ancha y segura,
Salió al campo: era aquella piel humana
De los que sacrifica esta isla vana.
A las nubes estábamos mirando
Nosotros todos desde las paredes
Por ver si caer víamos volando
A la que subió al cielo a Ganimedes,
Que esta águila creo que era mayor, cuando
Como un buho del paso va a las redes,

---

10. Para que la concordancia resultase ajustada a los cánones, debió escribirse *El los librase;* sin embargo, sabido es que tales concordancias se hallan en los escritores del buen tiempo, sin excluir a Cervantes.

25. Esta costumbre procedía, hablando con más exactitud, de la guerra, pues que, como dice Salazar, «no solamente los vencedores mataban a los vencidos y los sacrificaban cuando los trayan vivos, pero después de muertos los desollaban y se vestían de sus cueros». Página 49.

Pecho por tierra el águila venía
Con gran furia a Cortés, que no la vía.
   Estaba él embebido y revolviendo
La cabeza a una parte y a otra al cielo,
Cuando ella de través, no lo él sintiendo,
Le tocó y surtió al alto impíreo el vuelo:
Del espantoso golpe él fué cayendo
Por caer cuatro veces en el suelo,
Pero al fin no cayó, y en tal jornada
Se enderezó y metió mano a su espada.
   El águila otra vez del cielo a plomo
Se dejó trastornar presta y ligera,
Mas Cortés, que ya agora bien vee cómo
Cae, con su espada en la mano la espera:
Y de aquella venida, él en el lomo
En soslayo hirió al águila fiera,
Y llevó ella con sus golpes vanos
Cuanto asió de la piel entre las manos.
   La cruda, que herida algo se siente,
Cresce en más rabia y más malenconía,
Pero con más respecto a la hendiente
Espada, y más astucia descendía
A Cortés al través y sotilmente,
Cuando él más descuidaba, se caía,
Ni la podía él herir en breve suma
Sino tan malavés sólo en la pluma,
   Que cuando relucir ella el espada
La vía, que una vez y otra relumbraba,

---

7. *Fué cayendo por caer*, que diríamos hoy: *estuvo por caer, que caía y no caía.*

13. Parece que hay una errata en el texto: *ver*, por *vee.*

20. La forma anticuada de esta voz que trae el léxico es *malencolía*, pero no es raro verla en la que aquí aparece. Véase la nota de Rodríguez Marín a la voz *malenconía* que emplea Cervantes en el capítulo XXI de la Parte I de *Don Quijote.*

21. Hay que aspirar la *h* para la medida del verso.

26. La ortografía exige hoy que este adverbio se escriba *malavez.*

Del filo agudo ya atemorizada,
Hasta las nubes casi que volaba,
Sobre él con invisible ardor tornaba:
Cortés, de acá y de allá anda como a tiento,
Y con la espada corta sólo el viento.
  Entre estos dos guerreros diferentes
La batalla duró hasta aquella hora
Que ya dejar aquél quería las gentes
Que el orbe con su luz orna y decora:
Cortés, aunque había en esto inconvenientes,
Su espada arrojó lejos a la hora:
La arrojó él en mitad de aquellos llanos,
Por venir con el águila a las manos.
  No la hubo él de sí lejos arrojado
Cuando el águila a él sin temor vino,
Y como venía ciega, en tal estado,
De le asir por detrás no tuvo tino,
Mas se le engarrafó por un costado,
Como hizo al desnudo indio mezquino,
Mas no le succedió así esta pelea,
Porque era hombre Cortés de otra ralea.
  Él, cuando sintió asirse, con la mano
Siniestra, con más fuerzas no pensadas,
La asió por el pescuezo, y en el llano
De espaldas la tendió en él trastornadas,

---

2. Trasposición violenta, cuyo verdadero significado tendremos restableciendo la oración así: *Que volaba casi hasta las nubes.*

Nótese también la falta de *tan* en el verso precedente, al cual debía estar contrapuesto el *que.*

3. *Invisible,* en el texto, pero parece que debiera leerse *invencible.*

11. *A la hora,* equivalente a decir «en el acto, al punto, al momento», locución harto corriente antaño en los buenos escritores y que en Chile se conservaba hasta muy adelantado el siglo XVII; así, por ejemplo, en los remates de oficios públicos que solían verificarse a las puertas de la Real Contaduría en Santiago, el pregonero decía: «si hay quien quiera hacer mejor postura, parezca, que se le rematará luego a *la hora* en quien más diere por él». Véase, entre muchas otras de la misma especie, el acta publicada en la página 324 del tomo XXXVI de la *Colección de Historiadores de Chile.*

Y aunque revoleaba y claquía en vano,
Con el puñal le dió de puñaladas,
Y, dejándola muerta al cabo en tierra,
Dió así a gran afán fin a aquella guerra.
Los indios que veen muerta al ave fiera,
Que sin remedio a todos los mataba,
A los pies de Cortés la lisonjera
Gente con alabanza y loor se echaba
Y le suplican que librarlos quiera
De otro mal tan crüel que les quedaba,
De aquel gran tiburón terrible y fiero
De que le habían contado de primero.
Cortés acceptó el cargo alegremente,
Como el que por ganar honra moría;
Mas antes se informó de aquella gente
Qué forma el tiburón, qué sér tenía:
Pues de todo él instruto enteramente,
Como le plugo más señaló el día
En que con la marina bestia fea
Había en la lid de entrar y en la pelea.

---

1. No registra el léxico este verbo *claquir*, ni cabe decir que sea errata por *cloquear*, que es propio sólo de las gallinas. Zerolo trae *claquear*.

En el texto, *revolcaba*, sin duda por *revoleaba*, que vale *revoloteaba*.

12. La invención de este combate de Cortés con el tiburón le ocurrió, posiblemente, a Zapata de lo que López de Gómara refiere de aquél que la gente de la armada pescó después de partido de Cozumel en uno de los dos días que estuvo surta en la Punta de las Mujeres, «en los cuales, dice, tomaron sal, que hay allí muchas salinas, y un tiburón con anzuelos y lazos. No le pudieron subir al navío porque daba mucho lado, que era chico y el pez muy grande. Desde el batel le mataron en la agua y le hicieron pedazos, y así le metieron dentro en el batel, y de allí en el navío, con los aparejos de guindar. Halláronle dentro más de quinientas raciones de tocino...»

Por lo demás, la invención de estos dos combates de Cortés, como lo advertí ya, son simples imitaciones de los que Zapata había leído en el *Orlando Furioso*.

14. Una de las anomalías frecuentes en el empleo de los tiempos del verbo, cual ocurre en este caso por el imperfecto en lugar del presente: *moría*, por *muere*.

Las armas escogió, que eran su espada
Y una lanza de un hierro ancho y recio,
Y con una gran boya al cabo atada,
Un áncora, un esquife de un navío:
Al tiburón dejó de la estacada
Y la elección del campo a su albedrío,
Que había de ser el mar movible y cano
Donde habitaba el pez fiero y tirano.

Llegó, pues, luego el plazo deseado
De aquella gente mísera y mezquina:
En calzas y en jubón Cortés osado
Se metió en el esquife en la marina,
Con las armas que he dicho aparejado,
Y sacando del agua cristalina
Espuma del batel con los extremos
Se metió al mar desnudo con dos remos.

Después que entró en las ondas, enfrenando
Los remos, reparó y se estuvo quedo,
Y se estuvo así en sólito esperando
En el campo a aquel monstruo tan acedo:
Nosotros y los indios, que mirando
Le estábamos, teníamos muy gran miedo
De ver que en tan no usada parte sea
Y ha de ser la lid y la pelea.

He aquí que el mar se hincha y se embravece
Y todo alrededor y en torno suena,
Cuando vimos sobre él salir un pece,

5. *Estacada*, empleado aquí figuradamente, aludiendo al campo cerrado en que combatían los campeones en duelo singular, generalmente llamado así por estar formado de una empalizada.

18. *Reparar*, ya en su acepción de «mirar con cuidado», ya en la de *detenerse*.

19. *Sólito*, vale *acostumbrado*; pero en esta frase, *aislado*, *apartado*. No figura en el léxico tal locución *en sólito*. Puede, quizás, que el poeta haya querido decir que Cortés estuvo en aquellas circunstancias «en la manera acostumbrada, como se *suele* estar en tales casos». Parece frase tomada del lenguaje curial de la época: «Los más de los decretos y los mejores se ciñen en decir: Fiat, No ha lugar, *Hágase el sólito*...» Paz y Melia, *Sales españolas*, I, 359.

Un tiburón mayor que una ballena,
Con el pecho arrollando el mar, que cresce
Con su venida y va sobre el arena,
Echando agua a bufidos al lucero,
Enderezó a Cortés el monstruo fiero.
Como cuando a la plaza el espantoso
Toro bramando a saltos sale fuera,
Que, viéndole venir tan corajoso,
Se endereza en la silla el que le espera
Y se aprieta en la lanza y animoso
Apercibe el caballo a la carrera:
Así Cortés, viendo aquel monstruo insano,
Se apretó con la lanza a sobre mano.
O porque pensase él ya en aquella hora,
Ya que el tiburón crudo visto había,
Que a su furia una gruesa, no agora
Contrastar un esquife le podría,
Por más mal que hayas hasta la última hora
Dejar de obrar ninguno no debría,
Como hizo Cortés, que en tal rotura

---

8. *Corajoso*, anticuado: *valeroso*. Treinta años después que Zapata usaba todavía este término en América Pedro de Oña *(Arauco domado*, canto XI):

La *corajosa* fiebre no declina...

13. *Mano sobre mano*, expresión vulgarísima, que, figuradamente, vale no hacer nada; el significado que en este verso le corresponde tal vez debe buscarse en el valor que tiene la preposición *sobre* de aumentar la significación que afecta el verbo o nombre a que se añade; diríamos en este caso: una mano sobre otra, a dos manos.

16. *Gruesa*, subentendido nave, o tal vez, armada, extremando la hipérbole. *Gruesa* en su acepción de *grande*.

20. El léxico da a *rotura* las dos primeras acepciones de *rompimiento*, de las cuales, la primera, que es la única que pudiera convenirle en este caso, es la de «acción y efecto de romper o romperse»; y como anticuada, figurada, la de «corrupción, relajación, desarreglo». En el verso en que la vemos empleada, equivale a *trance, emergencia*, me parece. También se halla esa voz en *La Araucana*, empleada en un sentido muy cercano al que le da Zapata:

Que la turbada gente en tal *rotura*,

por *descalabro, desastre;* así como por *derrota*, vencimiento, se decía *rota*.

Probó aquí hasta el cabo su ventura.
Llegaba el tiburón ya como un trueno,
Y Cortés con su lanza le esperaba,
La cual le metió por un ojo en lleno,
Que sobre el agua el pecho se mostraba:
La bestia, como venía tan sin freno
Y con la gran cobdicia que llevaba,
Erró el encuentro del esquife, y fuera
Gran mal dél, si él en lleno le cogiera.
Y al pasar el feroz quebró en los brazos
De Cortés con su ciego ojo la lanza
Y a un remo que topó hizo pedazos
Y puso al triste esquife en gran balanza,
Que no sabía en aquestos embarazos
O si estaba en tormenta, o si en bonanza:
Tres vueltas al pasar le hizo en torno
Con más presteza dar, que las de un torno.
Y si las cosas grandes por entero
Se pueden comparar libra por onza,
Así un mochacho trae al retortero
Cuando da del azote a una peonza:
Cortés cayó de rostro en el madero,
Mas se levantó presto como una onza

7. *Cobdicia,* a la latina. Escribíase también antaño *cudicia.*

13. *Poner en balanza,* loc. fig., que vale, como enseña el léxico, «poner en peligro o riesgo»; si bien me parece que en el presente caso debe traducirse *en balance,* que escribiríamos hoy, pues antaño se decía *balanza* por *balance.* Así, Saavedra Guzmán en el prólogo de *El peregrino Indiano* (Madrid, 1599, 4.º) declaraba, por lo tocante a esa su historia. «...y aunque he gastado más de siete años en recopilarla, la escribí y acabé en setenta días de navegación con *balanzas* de nao y no poca fortuna». Tal acepción de *balanza* no figura ni como anticuada en el léxico.

20. *Traer a uno al tetortero,* modo adverbial que vale «no dejarle parar», como bien se infiere de la comparación en que el poeta lo usa. Covarrubias, en la voz *retorcer,* le da como originado de *tortera.*

24. La onza, como el pardo, carnívoros de Asia, fueron siempre en los poetas modelos y prototipos de ligereza en sus saltos. Véase esta comparación de *La Araucana:*

Cayendo abajo el bárbaro gallardo
Como una *onza* ligera o suelto pardo.

Y después que su lanza vió quebrada
El ánchora tomó y tomó su espada.
  El tiburón tornó bravo y sangriento
Con el hierro en el ojo atravesado,
Así saltando sobre el elemento
Como un león cuando se vee llagado:
Mas, como ya iba ciego, con más tiento
Llegó contra el esquife, aparejado
De le anegar, Cortés prueba y ralea
Con su espada a amparar que no lo sea.
  Así, en el fiero rostro, que metido
Tenía por trastornarle el inhumano,
De cuchilladas dábale, y herido
Le dejó él a una y a otra mano:
A crujir el esquife defendido
De Cortés, y amparado dél en vano
Comenzó, contrastar ya no pudiendo
A aquel furor del monstruo tan horrendo.
  Como cuando acomete a la barrera
El toro porfiada y ferozmente
Que la deshace y rompe por de fuera
Y aun la alza con la fuerza de su frente,
Pues cuando estallar siente la madera,
Della por se salvar mira la gente:
Así Cortés, del barco que andar vía
Por alto, a le dejar se apercebía.
  El tiburón al fin de una topada
El barco trastornó y le lanzó en alto:
Cortés, pues, con el ánchora y su espada
Se echó a nado en aqueste sobresalto:
Fué anegado el esquife en tal jornada,
Después que desde arriba dió un gran salto:
Ya contra él no se pone el pece fiero
Si no va por tragar al caballero.
  Él, que le vee venir, pone delante
El ánchora al feroz con su siniestra,

9. Acepción de *ralear* no registrada en los diccionarios.

A tragar la boca abre en tal instante
Y dos órdenes él de dientes muestra;
Pero cerrar no pudo por delante
La boca, porque el ánchora maestra
Entre un paladar y otro eficazmente
Se lo estorbó, hecha puntal y puente.
Cortés, que vee que el hierro en las quijadas,
Que tragar no le pueda, le detiene,
Por el ya ciego lado, de estocadas
Le da, y siempre a herirle allega, y viene:
De su sangre las ondas coloradas
El tiburón ya y de otra color tiene,
Y con ella la fuerza el pece horrendo
Y la vida a las vueltas va perdiendo.
Cortés se apartó desto y tomó el cabo
De la maroma en que la boya estaba,
Y dejando en el garfio a aquel pez bravo,
Con que airado a una parte y a otra andaba,
A la orilla con él allegó al cabo,
Como el que diestro como un pez nadaba:
Fué muerto el tiburón en tanto, y entre
Su sangre y sobre el agua mostró el vientre.
La gente de la tierra al mismo instante
Al mar a Cortés todos acudieron,
Y a sus pies por detrás y por delante,
Por besárselos ellos se tendieron:
Y todos de la gúmina triunfante
Que tenía, al monstruoso pez asieron
Por sacar, ya acabada aquella guerra,
Su mortal enemigo al cabo a tierra.

---

20. Puro encarecimiento poético, pues ya queda dicho que Cortés no sabía nadar.

27. Así, *gúminas,* aparece varias veces escrita esta voz en el *Carlo Famoso,* y así también en *La Austriada* de Juan Rufo (Canto XXII, hoja 389 vlta.):

Gúminas cortan, áncoras desclavan...

En Ercilla y otros autores, *gúmenas,* que es como quiere el léxico que se diga, por las maromas gruesas con que se atan las anclas.

Y así, con mil cantares, que llegando
Iban de todo el pueblo a las estrellas,
Llenos todos de flores, y tirando
La jábega las mozas y doncellas,
Y con gozo grandísimo tocando
Con la mano la gruesa gúmina, ellas
Así a aquella marina bestia fiera
Le tiraron del agua a la ribera.

Cortés, en pago desto, alcanzó que ellos
Sus ídolos quebrasen y a la hora
La cruz puso en la isla en lugar dellos,
Y la imagen de nuestra alta Señora:
Estirábannos ya por los cabellos
A entrar al mar los vientos del aurora,
Y así, luego de allí nos embarcamos
Y a navegar a Yucatán tornamos.

Al doblar de una punta, que venía
A tierra una canoa a la vela vimos,
Luego ella que nos vió, volvió la vía,
Tras ella en un batel arremetimos:
Salieron della a tierra en compañía
En vivas carnes cuatro hombres; salimos
Tras ellos, par del mar por sus pisadas,
Que huían, como vían nuestras espadas.

De los cuales, en lengua diferente,
Habló el uno a los otros sus hermanos
Y los hizo parar, que creían vilmente
No poder escapar de nuestras manos,
Y nos dijo él, revuelto encontinente,
En español: «Señores, ¿Sois cristianos?
Respondido que sí, se holgó tanto
Que lloró de placer y hizo llanto.

---

10. Recuérdese lo dicho antes acerca del valor de esta locución *á la hora*.

32. Nadie diría hoy por una persona que llora, que *hizo un llanto,* pero tal era la expresión corriente en aquel entonces y aun mucho después. Por ejemplo, Ercilla en el sumario del canto XXI de *La Araucana* escribía: «Halla Tegualda el cuerpo del marido, y *haciendo un llanto* sobre él, le

Y dijo así: ¡Oh señores! dondequiera
Me llevad y me dad cualquiera muerte,
Que con que entre hombres de razón yo muera,
No me será el morir duro ni fuerte:
Gracias yo agora doy a la alta esfera
(Y volvió allá, diciendo desta suerte)
De que antes que me coman los gusanos
A poder he venido de cristianos.

Así, él de los nuestros conoscido
Por español, no en el traje en que estaba,
Fué al fin delante de Cortés traído,
Que de verle infinito se holgaba,
Porque para hablar, siendo entendido
De aquellos indios, lengua le faltaba;
Vestido, él de su suerte y de quién era
A Cortés informó desta manera:

A mí Aguilar me llaman, y de nombre
Hierónimo, y fuí de Écija, mi amiga
Bien dije, fuí, que ya no soy sino hombre
De dolor y de afán y de fatiga:
Tuve ya en el Darién algún renombre
Y algún bien, por quien tanto se fatiga,
En guerras de Nicuesa y de Balboa,
Quien no tiene agora más quesa canoa.

Acompañé a Valdivia y fué en mal punto,
Que a Sancto Domingo él venía a la vela,

---

lleva a su tierra»; y Cervantes más de una vez en *Don Quijote*, como en esta frase: «...que, como si fuera ya muerto, *hacía* sobre él *un* tierno y doloroso *llanto*». Tomo I, p. 83, ed. de *La Lectura*.

15. Por demás anfibológico resulta el sentido de este verso en el texto, pues se halla sin puntuación alguna; puesta la coma en *Vestido*, ya todo se aclara: Aguilar andaba desnudo cuando los compañeros de Cortés le hallaron; le vistieron luego y después de eso comenzó a darle cuenta de sus aventuras. Tal es, además, lo que sobre el caso refiere Díaz del Castillo: «Pues desque Cortés lo vió de aquella manera, también picó como los demás soldados y preguntó al Tapia qué era del español... Y luego le mandó dar de vestir, camisa e jubón e zaragüelles e caperuza e alpargates, que otros vestidos no había».

24. Debería escribirse *ahora*, para que se lea en dos sílabas, como lo pide la medida del verso.

Y en el mar de las Víboras dió junto
De Jamaica al través su carabela;
En el batel veinte hombres en tal punto
A gran afán entramos y sin vela,
Sin agua y pan por ese mar nos fuemos
Y con aun aparejo ruin de remos.
Así por el mar yendo en tal estado,
Con la muerte a los ojos a la clara,
Trece veces el que de Dafne amado
No fué, nos encubrió y mostró su cara;
De hambre del batel no avituallado
Echamos muertos siete al agua clara,
Con nosotros al fin la gran corriente
De aquel mar dió aquí en Maya finalmente,
Donde Valdivia fué y tres compañeros
De un cacique crüel sacrificados
Y comidos después, que a otros tan fieros,
Como a él tuvo a su mesa convidados:
Yo y otros seis, como animales fieros
A engordar nos pusieron encerrados;
Sacaron dos de nuestra compañía
Para comerlos, que allegó su día.
Mas, por huir de tan inorme muerte
Como era ésta, los otros que quedamos
Una jaula de hierro gruesa y fuerte
En que estábamos juntos quebrantamos.
De la prisión así de aquesta suerte
Y de al fin ser comidos nos libramos,
Cuál al mar, cuál al monte huyó esento,
Sin saber a dónde íbamos, sin tiento.
Yo en un limoso lago y de ovas lleno,
Mientras que revolvió a poniente el día,

---

5. *Fuemos,* forma primitiva regular de pretérito, en el castellano antiguo.

10. Dafne, en la mitología, hija del Río Peneo y de la diosa Tierra, de quien se enamoró Apolo, sin lograr ser correspondido, merced a que por la protección de los dioses fué convertida en laurel.

Me escondí, como jabalí, en el cieno,
De los que en mi demanda andar sentía:
Después que se tiñó escuro el terreno,
Me bajé al mar, donde, por suerte mía,
Esta canoa cogí en los baraderos
Y a estos indios tomé por compañeros.

Y agora, de mí y dellos que aquí estamos,
Señor, dijo, hacé a vuestro contento.
De tal lengua tener nos alegramos,
Y Cortés dió a Dios gracias muy contento,
Y con él alegrísimos tornamos
A dar las proas de nuevo al elemento,
Y así a Yucatán fué la armada salva
Y arribó a Tabasco, o de Grijalva.

Pero no osó entrar dentro, que hallaron
La barra baja y llena de bajíos,
A la boca las ánchoras echaron
De las popas al mar de los navíos:
A ver las naos los indios se allegaron
Con armas y plumajes muy sombríos,
Que quien desde acá tanta color vía,
Lucida y noble gente parescía.

Mas, antes que aquí más te sea contado,
¡Oh alto Emperador y Rey de España!
Bien es que sepas el antiguo estado
En aquel tiempo de la Nueva España;
Qué armas tenía y traje y adorado
Qué Dios era de aquella tierra extraña,
Y qué rey acataba, y, finalmente,
De qué costumbres y forma era la gente.

---

6. Esta curiosa història de Jerónimo de Aguilar la he contado en *Núñez de Balboa*, t. I, pp. 62-65.

Después que Zapata, la refirió también en verso Gabriel Laso de la Vega en su *Cortés Valeroso*. Madrid, 1585, 8.º

8. Creo que la forma verbal *hace* del texto corresponde aquí a la de imperativo de plural *hacé*, tal como vimos que ocurrió antes con *oí*.

Para la recta inteligencia de la frase, escribo *vuestro* donde el original trae *nuestro*.

La tierra, que es de más de tres seiscientas
Leguas, que en sí muchas provincias tiene,
Que unas subjectas son y otras esentas,
Según más ello a México conviene:
El Mar del Norte por sus playas lentas
Y el del Sur por las otras le contiene:
A aquéstos en paz larga, en breve suma,
Tenía su rey supremo Motezuma.
Era el rey más sublime y más famoso
Que en su antiguo linaje había ya habido,
Y cuando el reino así más poderoso
Estaba, en aquel punto fué perdido:
Así el pueblo de Marte belicoso
Y Cartago y Troya antes que él lo ha sido,
Lo fué España también por tales modos,
Cuando estaba en la cumbre de los godos.
Por lo cual a entender Dios da a las gentes
(Como canta el Profeta en su escritura)
Que el lugar que Él no guarda (parad mientes)
En vano el que le vela le asegura:
Traxcallán y otros pueblos diferentes
Tenían guerra con México muy dura,
Los cuales Motezuma esclarecido
En poder, destruir no había querido,
Para que los mancebos mexicanos
Siempre se ejercitasen en la guerra
Y porque para sus ídolos vanos
Trujesen hombres aun de aquella tierra,

18. Hoy en día aplicamos casi en absoluto la voz *escritura* a la que tiene el carácter de pública; pero en Zapata, como en Ercilla y otros poetas, se refería en general a relaciones escritas. Ha permanecido, sí, el título de Sagradas Escrituras que concedemos a la Biblia. La alusión a ella aquí contenida, se halla en el salmo 126, vers. 2. Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam. Si el Señor no guardare la ciudad, inútilmente vela el que la guarda.

29. «...dixeron: que las guerras eran muy antiguas y muy trabadas, pero que los señores de México,—como ello era,—las habían sustentado por dos cosas: la una, por exercitar en la guerra a los mancebos mexica-

De quienes caer hacían los inhumanos
Gran cuantidad de sangre humana en tierra,
Como el demonio mismo que hablaba
Con ellos, cada rato les mandaba.
Estaba siempre en México, que era
Y es la ciudad del mundo más pujante
Que está sobre agua, y su grandeza fiera
Yo la diré, yo la diré adelante:
La gente es belicosa y muy guerrera,
Que humana carne come, y a un instante
Tiene, no una sino cien mujeres,
Hasta a cuantas se extienden sus haberes.
Las armas que usan son lanza, arco y vara
Y piedra con la mano o con la honda,
Corazas de algodón, cascos de rara
Corteza, y aun rodela ancha y redonda:
Andan casi desnudos a la clara,
Con mantas de algodón a la redonda,
Y de pluma de mil varias colores,
Y con lindos penachos los mayores.
Y perlas y oro traen de los oídos
Colgando de unos y otros agujeros,
Y a la guerra ellos van todos teñidos,
Por parescer más bravos y más fieros:
Así estaban, o así aquellos partidos
Cuando Cortés llegó y sus compañeros

---

nos, que con la ociosidad se entorpecían y no podían ganar nada; la otra, porque los señores de México sacrificaban cada año, especialmente en el templo mayor de Huitziloputchtli, gran número de gente, é que por esto conservaba a los taxcaltecas, para tenerlos como en depósito para sus sacrificios, sin ir más lexos...» Salazar, p. 302.

12. Es sabido que esta costumbre era no sólo peculiar a los mexicanos. Dícese a tal respecto, que Motezuma tenía mil mujeres, y aun algunos elevan ese número a tres mil, entre señoras, criadas y esclavas; de aquéllas, refiere Gómara, hijas de señores, tomaba para sí Moctezuma las que bien le parescía; las otras daba por mujeres a sus criados y a otros caballeros y señores; y así, dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas a un tiempo...»

19. *La color*, que Cervantes usaba aun como femenino.

Donde el gran río Tabasco, con más ciento
De Anfitrite enriquesce el elemento.
A Cortés paresció bien la manera
De la tierra que vía y de aquella gente,
Y dejando las naos en la ribera
Del océano a guarda suficiente,
En barcos y en esquifes salió fuera
Y el río arriba se entró por la corriente,
Ni por él había andado aun una milla
Cuando vió un gran lugar de la orilla.
Era de adobes hecho y de ladrillos
Y de madera fuerte y bien cercado,
Salieron antes a él muchos barquillos
Antes que al pueblo hobiésemos llegado,
Llenos de hombres, con armas y caudillos,
Ya el pueblo a pelear aparejado,
Mostrándose muy bravos y muy fieros
Y por señas haciéndonos fieros.
Cortés se adelantó y por su tercero
Aguilar les habló, paz les pidiendo,
Que no había allí venido a su terrero
Para hacerles mal, él les diciendo,
Sino para comprar por su dinero,
Como los que el mar andan discurriendo,
Vitualla y tomar agua de los ríos
Para la provisión de sus navíos.

---

18. *Hacer fieros,* esto es, *prorrumpir en bravatas,* muy usado antaño, según se comprueba por los textos de Ercilla, Oña y otros poetas y que hallamos todavía en Quintana *(Españoles célebres,* t. II, p. 39). Véase este ejemplo del P. Las Casas *(Historia de las Indias,* t. II, p. 39), que fué, probablemente, el que sirvió de modelo al gran humanista: «... y otra mucha gente que apareció en la costa con sus trompetillas o cornetas *haciendo* grandes *fieros* y amenazas». Es digno de notarse que siempre se encuentra este sustantivo en forma de plural.

24. *Discurrir,* en su acepción de «moverse de una parte a otra», lo usaba aún el P. Ovalle en Chile a mediados del siglo XVII: «Hizo evidencia de lo mesmo don Ricardo Aquinás..., habiendo pasado este mesmo Estrecho y *discurrido* cuarenta y cinco días hacia el sur». *Hist. rel.,* t. I, p. 112, seg. ed.

Con esto, ellos al pueblo se volvieron,
Diciendo que traerían luego respuesta;
Con pavos, fruta y pan luego volvieron
De Pontochán, que gente suya era ésta:
De una parte a otra mucho se dijeron,
Hubo muchas demandas y respuesta,
Y fué la conclusión de los indianos
De venir con nosotros a las manos.

Cortés hizo emboscar ciertos soldados
Detrás de Pontochán, y cuando el día
Su cabeza sacó por los collados
Comenzamos del río la batería:
Ellos que con nosotros desvïados,
(Que nadie a otra cautela no atendía,)
Peleaban, fueron con asaltos fieros
Oprimidos de nuestros compañeros.

Cortés, llamando a Dios y a su abogado
Sant Pedro, arremetió al lugar en frente,
En nuestros bergantines denodado
Con su espada en la mano y con su gente,
Y hizo disparar desque llegado
Fué a tiro, unas seis piezas fieramente,
De cuyo horrible són nunca oído tanto,
Por el suelo ellos dieron con espanto.

Al lugar, que llegaba al mismo río,
Las barcas aun con la nariz llegaron,
Hasta el muslo los nuestros por el frío
Humor, saliendo allí desembarcaron:
Desde el muro los indios con gran brío
Tantas flechas y piedras nos tiraron,
Que tantos rayos cuando el sol nos mira
De sus hermosos ojos no nos tira.

El granizo y la lluvia de las jaras

---

12. Esta voz *batería* en su valor de *asalto, ataque, estrago,* conforme a su derivación de *batir, golpear,* tan poco conocida en Chile y usada aun menos, fué correntísima entre los escritores americanos de la época de la conquista, y de ello sería ocioso citar ejemplos.

Y las piedras el cielo escurescía
En los brazos y pechos y en las caras
Más de treinta hirieron aquel día,
Y a otros la aguda punta de las varas
A lo vivo entre el hierro se metía
Y desde el muro abajo en sus balanzas
Nos herían a una mano con las lanzas.
   Los nuestros de otra parte a arcabuzazos
Derribaron a mil de la muralla
Y otros cayan heridos de picazos,
Que resistía algodón, no pasta o malla;
De cada parte fiera en estos plazos
Se mezcló y muy sangrienta la batalla,
Y fué tanto el dolor y el mal cresciendo
Que hasta el mar llegaba el fiero estruendo.
   Las puertas del lugar, ellos creyendo
Ser menos nuestras fuerzas, no aun expertas,
O porque iban los suyos recogiendo
Que habían salido al río, tenían abiertas:
Nosotros la ocasión y el tiempo viendo,
Con gran furor corrimos a las puertas,
Pero en contra hallamos bien delante
Quien nos lo resistió en aquel instante.

---

3. He aquí el pasaje de López de Gómara que sirvió de modelo a esta relación del combate de Potonchán contado en el poema. Se notará que el número de españoles heridos no pasó de veinte, según el cronista.

«...pero como declinaba ya el sol y no venían, avisó Cortés a los españoles, que estaban puestos en celada, y él embrazó su rodela; y llamando a Dios y a Santiago y a San Pedro, su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serían obra de docientos, y en llegando a la cerca que tocaba en agua, y los bergantines en tierra, soltaron los tiros y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron a combatir la cerca y baluartes, y a pelear con los enemigos, que había rato que les tiraban saetas y varas y piedras con hondas y a mano, y que entonces, viendo cabe sí los enemigos, peleaban reciamente de las almenas a lanzadas, y flechando muy a menudo por las saeteras y traviesas del muro, en que hirieron cuasi veinte españoles...»

17. *Expertas,* que vale aquí, según se deduce del contexto, *probadas, experimentadas* por el enemigo.

Que con hondas las piedras relucientes
Por el metal un puño nos metían,
Nos quebraban los brazos y en las frentes
Y en las sienes sobre él nos aturdían:
Ellos que no tenían inconvenientes,
Ni armas en su defensa, más morían:
Cortaban las espadas como espuma
Su algodón, sus cortezas y su pluma.
Y así, unos de una, y otros de otra parte,
Por dos cabos en medio les entramos:
Así, el primer lugar, señor, deste arte
De la España que hoy es Nueva, tomamos:
No podré, Emperador alto, contarte
Los que al entrar herimos y matamos:
Muchos dellos, después que su mal vieron,
A los montes y sierras se acogieron.
Cortés con muchos presos que había habido
A decir envió a aquel pueblo extraño
Que del mal que habían tanto rescibido
Ellos tenían la culpa y de su daño,
Por nunca haber querido dar oído
A la embajada que él muy sin engaño
Del más bueno y mayor rey les traía
Que por la redondez del mundo había.
Y que, si al fin querían, arrepentidos
Desto, la paz, que él dello era contento:
No fuimos a esto dellos respondidos
Más que aquí nos responde agora el viento;
Pero supimos cierto cómo uñidos
Estaban dos a dos y ciento a ciento,
Hasta cuarenta mil desta ralea

---

29. *Cierto,* por *de cierto, ciertamente,* usado antaño en esa forma. Véase este ejemplo de *La Araucana* (370-3-1,2):

Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos anuncian *cierto* en lo futuro...

y este otro de Cervantes *(Don Quijote,* P. I, cap. 15): «sé muy *cierto...*».

Para venir de nuevo a la pelea.
Con prosupuesto, que si nos venciesen,
Nos echarían del todo de su tierra,
Y si en contra vencidos ellos fuesen,
Nos servirían sin más hacernos guerra:
Sabido esto, antes que ellos nos viniesen
A buscar, a su misma y propia tierra
Después que algo en el pueblo descansamos,
Las armas, no enfundadas aun, tomamos.
Y salimos al campo en que espantosa
La batalla a los bárbaros les dimos:
Fué aquésta la batalla muy famosa
De Cintla, adonde más sangre perdimos,
Donde a cuarenta mil, tan poca cosa
Como quinientos hombres los vencimos
Y en que vimos pelear (Dios sea loado)
A Sanctiago o a Sanct Pedro a nuestro lado.
Mas, señor, como cuelguen solamente
De ti tantos negocios, cosa es extraña
Que con armas ampares grandemente
Las cosas de la Italia y de Alemaña
Y adornes de costumbres juntamente
Con tal rey la felix tierra de España,

---

2. *Prosupuesto*, como solía escribirse en aquellos tiempos y se halla algunas veces en Cervantes, aunque siempre como participio de *presuponer:* «...y *prosupuesto* que ninguna cosa de cuantas me dijeres...» *Galatea*, libro V. «*Prosupuesto* esto, has de considerar que yo padezco ahora...» *Don Quijote*, t. III, p. 181, ed. cit. No se registra en el léxico de la Real Academia ese sustantivo en tal forma, ni como anticuado.

17. Luego oiremos al poeta referir más por extenso el combate de Cintla y la atribución del milagro que se decía obrado por uno de estos apóstoles. Véase la nota 95.

21. Así, *Alemaña*, se halla también en *La Araucana* y más tarde todavía en *El Peregrino Indiano* de Saavedra Guzmán (para limitarme a escritores de América):

Cuando nació Lutero en *Alemaña*
Nació Cortés el mesmo día en España.

Pecaría contra el bien común, si atento
Yo te empachase más con largo cuento.
Y de los nuevos reinos lo que oído
Haz, baste y en solo esto se resuma,
Que esta pelea Cortés que he proferido
De decir y otras muchas venció en suma,
Y ganó muchos reinos, y atrevido
Prendió en México mismo a Motezuma
Y tomó con su rey a sus compañas
Haciendo él y los suyos mil hazañas.
Y bien es que veas ya aquestos despojos
Que del destruído México te envía.
El gran Emperador, que con los ojos
Y oídos muy atento aquello oía,
Y nunca pesadumbre y nunca enojos
De oír, chicos y grandes, recebía,
Les mandó con hablar grave y severo
Que a su historia fin diesen por entero.
Lo cual los altos hombres circunstantes
Que lo mandasen así suplicaron,
Como aquellos que hechos semejantes
De oír y hacer siempre se preciaron:

---

5. *Proferirse,* en el sentido de «ofrecerse a hacer alguna cosa voluntariamente, como yo me profiero a proveer de trigo la ciudad», según define Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana,* completamente desusado hoy. Ercilla escribió:

Con esta usada lanza me *profiero*...

y en otras ocasiones, para expresar la misma idea, de *prefiero:*

Y así graciosamente me *prefiero*...

A mediados del siglo XVII todavía usaba de aquella forma el P. Ovalle (I, 328, 334): «Recloma, *profiriéndose* a pasar ella a nado y por sí sola reducir los indios a su obediencia, como lo hizo...», «Lincoya, que era de altura de gigante, se *profirió* a dar más gente que ninguno...»

Acepción de *proferir* que no figura en el léxico y que en Chile emplearon también Pedro de Oña y Mendoza Monteagudo.

19. *Altos,* en el mismo valor que tres estrofas más delante llamó así al príncipe Don Felipe.

Los de Cortés humildes, donde de antes
Su narración dejado habían tornaron:
Lo que dirá el que dellos hablar quiere,
Verá el que acá a la vuelta lo leyere.





Canto XIII.—En este canto prosiguen los de Cortés las cosas de Indias...

En cuantas cosas hay, de que arreado
Debe de ser un príncipe excelente,
No creo que por ninguna es tan amado
Como porque oya a todos fácilmente;
De Dios en esto imita el dechado,
Que, con ser alto, eterno, omnipotente,
Teniendo ante sí al sol y a las estrellas
Escucha desde allá nuestras querellas.
Esta virtud que bien como aquí cuento
La tuvo este alto Emperador Primero,
Pero el rey don Felipe, entre otros ciento,
Bien en aquésta ha sido su heredero;
Jamás partió dél nadie descontento,
O fuese hombre plebeyo o caballero,
Como que quien es hombre, cosa llana
No tiene por ajena cosa humana.

---

2. *Arrear,* dice Covarrubias, es adornar y engalanar, de arras, las joyas que el desposado da a la desposada, y de ahí se dijo arreo, el atavío, y arreado, el adornado.

En tal significado es anticuado, según el léxico, si bien conserva *arreo,* atavío, adorno.

Pues a vos, Príncipe alto, que nascido
De tal padre os formó y produjo el cielo,
Del cual, después de vos no ha rey oído
Jamás tan fácilmente y con tal celo,
Pues tan de casta os viene oír, yo os pido
Que oyáis cómo ante Carlo en nuestro suelo
Los de Cortés contaban en su cuento
La batalla de Cintla y otras ciento.

Después que Pontochán de la manera
Que he dicho se tomó, el uno decía:
Cortés a pelear se salió fuera
Con la gente que ya contra él venía;
Nuestra gente quinientos hombres era,
Y seis piezas no más la artillería,
Y trece los caballos con sus frenos,
En los que había de malos y de buenos.

Estos caballos fueron los primeros
Que estamparon el pie en aquella arena;
Ordenados Cortés sus compañeros,
Caminó luego hacia Cintla la amena,
Donde estaban los indios, y los fieros
Ya venían caminando en orden buena;
Trayan cinco escuadrones de consuno
De ocho mil y más hombres cada uno.

Y como ellos el campo aderezado
Cubrían de variedad de mil colores,
Parescían a los muy hermosos prados
Por Mayo y por Abril llenos de flores;
Ellos los instrumentos acá usados
No trayan en su ejército, atambores
Ni pífaros, que a son venía aquel bando
De caracoles y huesos caminando.

Donde estos campos dos tan diferentes
En número, y en todo, se toparon;
Era un campo en que muy muchas corrientes
Y acequias y ríos hondos se juntaron,

---

31. *Pífaro*, anticuado: *pífano*.

Por lo cual, de los pasos inocentes
Los nuestros algo en sí se embarazaron;
Cortés con los caballos fué la vía
Que a pasar a la diestra mejor vía.
  La infantería siguió su vía, pasando
Las acequias en medio atravesadas,
Y paró con gran pena, en arribando
A unas rocas de mucha agua bañadas,
Donde a salvo los indios allegando
A nosotros, nos daban de lanzadas,
Y nos cubrían flechando sus derechas
Los arcos de saetas y de flechas.
  De las que fueron muchos tan cruelmente
Heridos, que explicarlo aquí no puedo:
Pasó una a la cerviz desde la frente
Por los sesos al músico Acevedo:
Éste tañía un laúd tan sotilmente
Que apenas al tocar se le vía el dedo:
¡Dichoso él, si con solo este instrumento
Y de nunca armas ver fuera contento!
  Pasó otra el corazón al triste Andino,
Que solía decir siempre que tenía
Pasado el corazón del oro fino
Que el Amor en sus flechas le ponía,
Y así en árboles, él como adevino
De su fin, y en paredes lo escrebía,
Pero le fué ocasión de eterno lloro,
Que no fué el pasador con punta de oro.

---

4. Formó Zapata estas estrofas del siguiente párrafo de López de Gómara: «Cuando el sol salió, ya había oído misa, y tenía en el campo cerca de quinientos españoles, trece caballos y seis tiros de fuego... Ordenó la gente, puso en concierto la artillería, y caminó hacia Cintla, donde el día antes fué la riña, creyendo que allí hallaría los indios. Ya también ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaban a entrar en camino muy en ordenanza, y venían en cinco escuadrones de ocho mil cada uno; y como donde se toparon era barbechos y tierra labrada, y entre muchas acequias y ríos hondos y malos de pasar, embarazáronse los nuestros y desordenáronse...»

Murió también León, airado y fiero,
Que, mientras renegando, se adelanta
Una asta, que le entró por el garguero,
Le atajó la blasfemia en la garganta;
En la cara Olid fué, y Puertocarrero
Herido, como Achiles, en la planta;
Vió Ordaz bracear muy recio a un indio, y luego
Del ojo que vió aquello quedó ciego,
Porque se le echó fuera una redonda
Piedra, que aquel fuerte indio revolviera,
Que salió tan derecha de una honda
A su ojo, como una jugadera:
Para vengarnos luego, el agua honda
Nos impedía el pasaje y la carrera,
Mas Dios quiso sacarnos con su mano
Donde había menos agua y campo llano.
Allí pudo más nuestra artillería
Y ser más nuestras armas de provecho:
La mecha fué al fogón, la llama ardía,
Salió el trueno y el rayo fué derecho,
Y en la multitud de indios que hervía
Entró como el demonio en su despecho:
En ellos hizo riza que fué espanto
Y para ellos eterno y mortal llanto.
Mató allí una pelota a más de ciento,
Rompiéndoles las frentes y los brazos,
Y los ciento a otros mil y mil sin cuento,
Que aturdían a unos de otros los pedazos,
Que como así ellos eran tan sin cuento,
Y estaban pie con pie y brazos con brazos

---

12. Enseña el léxico que *jugadera* es sinónimo de *lanzadera,* lo que en Chile llamamos *cañuela,* que es la que lleva el hilo de un extremo a otro del telar. «Parecer como una *lanzadera*» es frase figurada y familiar: «andar de acá para allá en continuo movimiento».

23. *Hacer riza,* frase metafórica para significar el destrozo y estrago producido. El P. Ovalle (I, 355) la empleaba aún entre nosotros: «...si bien *hacian* en ellos tanta *riza* que les mataban mucha gente...».

Cualquier bala o pelota que salía
En ellos destruición grande hacía.
Mas, poco aprovechó, que, no obstante esto,
Sobre los nuestros tantos acudieron,
Que andar al remolino y volver presto
Espaldas con espaldas los hicieron:
Las armas para defenderse en esto
Así, allí en tanto aprieto los pusieron,
Que ni aun menear las armas no podían
Y todos ya a huirse revolvían.
Estando la batalla en tal estado
Que ya nuestra cosa iba de vencida,
En un caballo allí rucio picado
Morla se apareció y nos dió la vida:
Arremetió a los indios denodado,
Y los arredró desta arremetida:
Nosotros que Cortés ser él creímos,
Cobrando ánimo, más arremetimos.
Y muertos esta vez a nuestras manos
Fueron algunos indios mal andantes:
Con esto el de caballo por los llanos
Más no se aparesció; en estos instantes
Con su ausencia los indios inhumanos
Revolvieron muy más fieros que de antes,

1. Bala o *pelota* tanto valían antaño. Véase el siguiente curioso ejemplo que trae Oviedo en el capítulo VIII del *Sumario de la natural historia de las Indias:* «...hay un valle... el cual está lleno de pelotas de lombardas guijeñas... y hay dellas desde tan pequeñas como pelotas de escopeta, y de ahí adelante de más en más grosor cresciendo; las hay tan gruesas como las quisieren para cualquier artillería».

20. *Mal andantes,* que la Real Academia escribe hoy en una sola palabra, y vale *desafortunado, infeliz.*

21. *De caballo* aquí, y luego, ocho versos más adelante, *de a caballo.* En esa primera forma se la halla escrita varias veces en *La Araucana,* v. g. (145-3-7).

A recebir al araucano pica
Con la ligera escuadra *de caballo*...

Tal modo adverbial es anticuado y en realidad envuelve una forma analógica, tal como hoy decimos: gente *de guerra,* gente *de paz.*

Y si en gran estrecho antes nos tuvieron,
En muy mayor entonces nos pusieron.
Mas, luego el de a caballo dió la vuelta
Y, venido, se puso a nuestro lado,
Y a los indios fué, y hizo en su revuelta
Que nos diesen un poco de más vado:
Con su favor nosotros desta suelta
Dejamos de sí el campo ensangrentado,
Mas, en la mayor priesa, en lo más fiero,
Nos dejó al mejor tiempo el caballero.
Los indios que no veen el que a caballo
Temían mucho, volvieron con denuedo;
Tornó la vez tercera el de caballo
Y hizo huir los indios con más miedo:
Verdad digo y sería crimen dudallo,
Señor, por cuanto yo jurar más puedo,
Y así la vez tercera arremetimos
Y asimismo matamos y herimos.
Ya aquí Cortés llegó y sus compañeros,
Que harto de pasar los ríos venía:
Contámosle lo que en los indios fieros
Hecho uno de a caballo en tanto había,
Y que cuál de sus buenos caballeros
Era el que hecho había tal valentía:
Él dijo que ninguno había podido
Haber primero que él allí venido.
Y como él esto dijo, creímos que era

---

1. *Tener*, o *poner*, a uno *en estrecho*, es como si dijéramos al presente *en aprieto*. «*Estar puesto en estrecho*, define Covarrubias, estar en necesidad y en peligro».

6. *Dar vado*, expresión metafórica, definida también por Covarrubias y muy frecuente en los clásicos. Ercilla escribía (55-4-6):

Dando algún vado a su dolor, quería...

Y Cervantes (Galatea, p. 220, ed. de Ochoa); «poned por agora silencio a vuestras tiernas lágrimas, y *dad* algún *vado* a vuestros dolientes suspiros...».

18. Otro caso en que ocurre la *h* aspirada.

El apóstol Sant Pedro, o Sanctiago:
Él dijo entonces: ¡a ellos, muera, muera
Esta gente, que Dios nos dará el pago!
Así sacó a los indios luego fuera
Del agua, donde dellos hizo estrago,
Los destrozó y rompió con su venida
Y los puso en espanto y en huída.
   No mira hombre por hombre, y de arrancada
Se acogen donde más cada uno ha gana,
Cuál deja el arco, cuál la honda amada,
Y cuál compañía o sangre muy cercana,
Y cuál, porque es para huir pesada
La ropeta de pluma muy liviana:
Cortés la rienda alarga y espolea
Y a éstos y aquéllos hiere y alancea.
   Duró más de dos horas el alcance,
Cuántos indios murieron, no hubo cuenta;
De los nuestros dos solos, y en tal trance
Quedaron más heridos de sesenta:
Así, señor, a Dios con solo un lance
Le plugo de librarnos desta afrenta,
Y no sólo los nuestros pelear tanto
Por nos vieron allí al Apóstol santo.
   Mas, de los mismos indios todos cuantos
Hubimos a prisión todos lo vieron

---

8. *De arrancada,* locución anticuada en su valor de «partida o salida violenta».

16. *Ir en alcance* es frase de milicia, que vale perseguir al enemigo que huye, frecuentísima antaño. El P. Mir *(Hispanismo y barbarismo,* t. I, p. 11) cita como ejemplo del correcto uso de esta voz *alcance* el siguiente ejemplo de *La Araucana* (357-5-4):

Iban en el alcance y seguimiento...

23. «*Nos* y *vos,* expresa Cuervo en sus anotaciones a la *Gramática* de Bello, fueron primitivamente los pronombres de primera y segunda persona en el número plural, en lugar de *nosotros* y *vosotros,* y como tales se han conservado en poesía, si bien hoy, aun así, son sumamente raros». Al ejemplo de Ercilla que el doctísimo lexicógrafo cita y a otros que se hallan en *La Araucana,* podría añadirse el que nos ofrece aquí Zapata.

Y que les había puesto en mil espantos
El del primer caballo nos dijeron:
Que haga Dios milagros por los sanctos
Esto de historias que hay todos lo oyeron,
Mas, de dársele hoy deben mil loores
Pues hizo aquesto allí por pecadores.

---

6. La intervención de uno de aquellos apóstoles la explica así el cronista de Cortés. Después de contar que Francisco de Morla se presentó solo en el campo en un caballo «rucio picazo» y arremetió a los indios, retiróse luego y volvió a embestir en seguida hasta por tercera vez, continúa así: «A esta sazón llegó Cortés con los otros compañeros a caballo, harto de arrodear, y de pasar arroyos y montes, que no había otra por todo aquello. Dijéronle lo que habían visto hacer a uno de a caballo, y preguntaron si era de su compañía; y como dijo que no, porque ninguno dellos había podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patrón de España. Entonces dijo Cortés: «Adelante, compañeros; que Dios es con nosotros y el glorioso sant Pedro... todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado *(sic)* pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho, y que era Santiago, nuestro patrón. Fernando Cortés más quería que fuese sant Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que dellos fué, se tuvo a milagro, como de veras pareció; porque no solamente lo vieron los españoles, mas aún también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía a su escuadrón; y porque les parescía que los cegaba y entorpescía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto».

El P. Las Casas *(Historia de las Indias*, t. III, p. 477), hablando de tal intervención divina, se limita a expresar que Gómara decía que «por los merescimientos suyos [de Cortés] y de su compaña, les apareció sant Pedro, o Santiago, encima de un caballo, que hizo en los indios aquel gran estrago».

Díaz del Castillo, con conocimiento de lo que cuenta Gómara no podía menos de reírse donosamente de tal conseja. Léanse sus palabras: «Aquí es donde dice que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago o señor san Pedro...; y pudiera ser que los que dice el Gómora *(sic)* fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago o señor san Pedro, é yo, como pecador, no fuese digno de verles... y hasta que leí su *Corónica*, nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal se oyó». Página 29.

Invenciones y creencias de esta índole no fueron raras entre los españoles de la época de la conquista en América. En Chile es bien conocido el caso de la aparición de la Virgen en el asalto que los indios llevaron a la Imperial el 23 de Abril de 1554, que a Ercilla le costaba creer, y que hubo

Vencida esta batalla, en que quedaron
Los indios della así muy quebrantados,
A pedirnos perdón nos envïaron
Algunos de sus hombres más honrados:
Concedido, al pueblo ellos se tornaron,
Donde bien de Cortés siendo industriados,
Tus vasallos quedaron el día mismo
Y rescibieron agua de baptismo.
De allí salió Cortés, viendo que no era
Tan rica la región como pensamos,
Y tornamos a entrar en la ribera
Con ellos en la mano el día de Ramos;
Y a navegar la costa del mar fiera
Volvimos, y ya al fin desembarcamos
Donde gran relación se tuvo en suma
Del oro y del poder de Motezuma.

---

de consignar también en su *Araucana:* eso sí, que en una y en otra ocasión sólo pudo invocarse el testimonio de los indios respecto a lo que ellos vieran...

10. «Con esta relación (que le hizo Tabasco) vió Cortés que no era tierra aquélla para españoles, ni le cumplía asentar allí, no habiendo oro ni plata, ni otra riqueza».—*Gómara.*

12. «Con ellos en la mano»: expresión figurada para dar a entender que durante el viaje los tuvieron siempre a la vista, tal como lo refiere Gómara: «Embarcados que fueron, hicieron vela y navegaron al poniente, lo más junto a tierra que pudieron; tanto, que veían muy bien la gente que andaba por la costa; la cual, como es sin puertos, no hallaron dónde poder surgir seguramente con navíos gruesos, hasta el jueves Santo, que llegaron a Sant Juan de Ulúa...».

En un documento obrado en Chile en 1558 se halla, asimismo, esa expresión figurada: me refiero a la declaración prestada por Martín de Ariza en la información de servicios de Juan Gómez, en la cual dice que éste hizo la navegación de Coquimbo a Valparaíso «la costa *en la mano*».—MEDINA, *Colec. de Docs. inéds.*, t. XIV, p. 92.

12. «Luego que fué hora el domingo, mandó Cortés cortar muy muchos ramos y ponerlos en un rimero, como en mesa, más en el campo, por la mucha gente, y decir el oficio con los mejores ornamentos que había, al cual se hallaron los indios, y estuvieron atentos a las cerimonias y pompa con que se anduvo la procesión, y se celebró la misa y fiesta; con que los indios quedaron contentos, y los nuestros se embarcaron con los ramos en las manos».—*Gómara.*

Allí a Teudilli, que era el que a su mando
Todo por Motezuma lo tenía,
Cortés, cuyo vasallo era, contando
Le estuvo, y de dónde él y a qué venía,
Y cuándo tu poder, Carlo, explicando
Le estaba y tu valor, cuanto él podía,
Se admiró el indio simple de que en suma
Igualase otro rey a Motezuma.

Cortés le añadió más, que había venido
Allí por visitarle de tu parte,
De quien tú acá noticia habías tenido
Y con él deseabas conversarte:
Teudilli despachó luego, esto oído,
A México, a dar dello a su rey parte,
Y en un día natural, aunque setenta
Leguas hay de allí, allá allegó esta cuenta.

Estas nuevas tan presto así por gente
Puesta de trecho a trecho allá llegaron,
Los caballos pintados y la gente,
La artillería y naos y armas le envïaron;
Dende a poco con un gentil presente
De algodón, pluma, plata, oro tornaron,
Y Teudilli de parte, como en suma,
A Cortés respondió, de Motezuma.

---

8. Teudilli llegó al campamento de Cortés el domingo de Pascua por la mañana, y «Lo que habló Cortés a Teudilli, criado de Moteczuma», es el título del párrafo que sigue en la *Crónica* de López de Gómara.

12. *Conversar*, empleado como reflexivo, y, en tal sentido, es anticuado; vale así «tratar a alguno y comunicarse familiarmente con él».

24. «Estas mensajerías fueron en un día y una noche del real de Cortés a México, que hay setenta leguas y más de camino, y llevaron pintada la hechura de los caballos y del caballo y hombre encima, la manera de las armas, qué y cuántos eran los tiros de fuego y qué número había de hombres barbudos. De los navíos ya avisó así como los vió, diciendo qué tantos y qué tan grandes eran. Todo esto hizo Teudilli pintar al natural en algodón tejido para que Moteczuma lo viese. Llegó tan presto esta mensajería tan lejos, porque estaban puestos de trecho a trecho hombres, como postas de caballo, que de mano en mano daba uno a otro el lienzo y el recado, y así volaba el aviso... También envió este gobernador a Mo-

Que él, de qué gentes nuevas y extranjeras
Y no vistas llegasen donde estaba
Y de saber de ti por quién tú eras,
¡Oh Emperador! muy mucho se holgaba,
Y que viese si para sus veleras
Naves o para sí algo le faltaba,
O para traerte a ti de su aposento,
Que él sería muy de dárselo contento.
Y, en cuanto el irle a ver, que era imposible
Por la esterilidad de aquellas tierras
Y por un despoblado muy horrible,
Y porque había aun en medio grandes sierras
Y gente su enemiga muy terrible
Con quien tendría al pasar muy crudas guerras:
Todos estos estorbos le ponía
Porque que a él Cortés fuese no quería.
Cortés replicó aquesto: que excusado
Era la vía estorbarle aquesta vía
Que él, que había ya dos mil leguas andado
Por verle, muy mejor setenta iría;
Teudilli de los nuestros fué apartado;
Cortés donde las naos dejado había
Dió vuelta; en Chiavislán el viernes Santo
De la Veracruz puso el primer canto.
Donde dispusición había y materia
Para edificar casas convinientes,
Leña, piedra y madera como en feria,
Y dos ríos para tratos excelentes,
Y para naos que fuesen de la Hesperia

---

teczuma los vestidos y muchas de las otras cosas que Cortés le dió, las cuales se hallaron después en su recámara».

28. Al hablar el léxico de *tratar*, observa que con la preposición *en* vale *comerciar*, pero no registra este sustantivo *trato* en la acepción que aquí tiene de *comercio*, tan común antaño en España y en América, que fray Tomás de Mercado, que vivió en México, publicó en Salamanca, en 1569, su libro intitulado «*Tratos* y contratos de mercaderes y tratantes», en el cual se halla, a mayor abundamiento, el capítulo XIII de la Primera Parte: «De los *tratos* de Indias, y tratantes en ellas».

Un abrigo de peñas suficientes;
Llegó con el continuo y largo oficio
A la cumbre en muy poco el edificio.
   Allí supo que aquello estaba en bando
Y que había de una gente otra enemiga;
De las contrarias tierras mañeando,
Contra México hizo trato y liga;
Tomó a ciertas ciudades peleando
Por defender a Cempoallán, su amiga;
Y por esta región, como la llama,
De nosotros y dél cresció la fama.
   Él en consejo entró con sus sentidos
De si ir o si no a México debría;
En sí, había inconvenientes muy crescidos,
Y en nó, grande ocasión de loor perdía;
Y así estaban los votos repartidos,
La razón y el peligro uno decía,
Mas, dejando esto atrás en su memoria,
Al deseo se acostó de ganar gloria.
   Propuso de ir a México, y su intento
Lo tuvo a sus soldados encubierto,
Que pudiera, a decirlo en el momento,
Sobrello haber, quizá, algún desconcierto,
Y por quitar del todo el pensamiento
De otra salud, ni otro remedio cierto,
Determinó, sin más otros desvíos,
De dar allí al través con los navíos.
   Cosa que de gran pena y pérdida era
Y aun del todo acabar nuestra esperanza
Entre gente tan bárbara y tan fiera
Y tan lejos y en tanta malandanza;
Tuvo bien que pensar de qué manera

10. Falta *la* para el verso en el texto, que debe suplirse.

19. *Acostarse* en su valor metafórico, anticuado, de *adherirse* o *inclinarse*.

20. El régimen de *proponer* con *de* se halla en nuestros antiguos, pero hoy día omitimos la preposición, observa Salvá (*Gramática*, p. 311).

Pondría nuestro negocio en tal balanza,
Que, a entender su intención antes, la gente
Se amotinara toda encontinente.
   Así propuesto, negoció en secreto
Con pilotos, que aparte él habla y toma,
Que sus naos barrenasen, y en efeto
Dijesen que venían llenas de broma;
No creo que puesto un hombre en tanto aprieto,
Ni africano, ni griego ni de Roma,
Volviendo atrás los siglos más de un día,
Tenido haya jamás tanta osadía.
   Pues un día, así, ante todos, muy turbados,
A Cortés los maestres acudieron,
Y ¿qué más navegar? porque abromados
Ya los navíos estaban, le dijeron,
Y que, porque después dellos culpados
No fuesen, a decirlo antes vinieron,
Que en muchos sin defensa el agua entraba;
Por tanto, que viese él lo que mandaba.
   De todos fué como decían creído,
Que habían estado allí más días que ciento,
Y dellos mucho el caso fué sentido,
Y Cortés mostró aun gran sentimiento
Sobrello; pues, gran rato debatido,
Mandó que, recogiendo en el momento
Lo que podían, dejasen dar vacíos
Al través, o hundirse los navíos.
   Y así, allí los mejores seis, sacadas,
Armas, velas y jarcias, se anegaron,
Que, como vidrio o como seis granadas,
En llegando a unas rocas se quebraron,
Y otras cuatro naos luego barrenadas,
Encima agua y debajo ellas entraron
Ya con dificultad, porque la gente
Entendía el trato dél muy claramente.
   Y decían que Cortés, como en garlito
Meterlos quería allí en aquella tierra

Por el deseo insaciable e infinito
De fama, que el saber le ofusca y cierra:
Les dijo él, que el que así por tan poquito
Le plugiese dejar tan rica guerra,
Que en la nao que quedaba irse podía
Que para esto dejado en salvo había.
Lo cual dijo por ver los que primeros
Mostrarían su poco ánimo; deste arte
Muchos, mas eran todos marineros,
Dijeron que ir queríanse a otra parte:
Por vergüenza otros de sus compañeros
Callaron, y otros, por deseo de Marte:
Viendo esto así, Cortés, de su albedrío
Hundir también mandó el otro navío.
Y así, sin esperanza, ¡oh cosa extraña!
De salir de allí entonces se quedaron:
Oyendo esto los que ante el Rey de España
Estaban, unos a otros se miraron,
Y él y ellos muy mucho esta hazaña
Que Cortés hizo entonces alabaron:
Cesó al fin el murmullo, y fin habiendo
El que oraba, seguir quería, diciendo......




IMP. UNIVERSITA-
RIA

